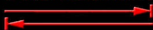


Montserrat Valls y Juan Genovés

29 de febrero

Tab Editing



29 DE FEBRERO

**Montserrat Valls Giner | Juan Genovés
Timoner**

Cubierta y diseño editorial: Montserrat Valls y
Juan Genovés

Composición cubierta con fotos de: Artyominc y
Jim Sweenley

Dirección editorial: Montserrat Valls y Juan
Genovés

Segunda edición: marzo 2015

29 de febrero

Copyright 2015 - ©Montserrat Valls y ©Juan
Genovés

Todos los derechos reservados

Tab Editing

ISBN-10: 1511403527

ISBN-13: 978-1511403528

Diseño: Montserrat Valls y Juan Genovés

Cualquier forma de reproducción, distribución,

comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

DEDICATORIA

Esta obra, está dedicada a Roman Polanski,
Sidney Lumet y Joseph Leo Mankiewicz.

AGRADECIMIENTOS

A Lola Gulias, de la agencia Kerrigan, porque seguramente si no le hubiera gustado esta novela, no hubiéramos seguido escribiendo.

Y a Milena, la hija de Esther Tusquets, cuya personalidad y magnetismo, nos inspiró para dar nombre al personaje central de esta novela. Aunque eso sí, ella para la gente que no la conozca, es todo dulzura y bondad.

Este libro fue escrito en el año 2.000, ella era más joven y nosotros también, pero la entrevista con su madre en la Editorial Lumen, fue algo inolvidable, ya que pocas veces en entrevistas de radio conocimos a personas tan fantásticas, pero haberlas “haylas”.

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTIUNO

CAPÍTULO TREINTIDÓS

CAPÍTULO UNO

Hacía quince años que no nevaba de forma apreciable en Barcelona. La Sagrada Familia, amaneció totalmente blanca y el agua del estanque de la plaza, estaba congelada.

Marta sintió un escalofrío al despertar. ¿Cómo podía haber bajado tanto la temperatura? La columna de mercurio, parecía haber desaparecido en el termómetro, a pesar de todo y con evidente desgana, se levantó de un salto de la cama y se dirigió al armario, cogió su chándal azul y se lo puso.

La calefacción se había estropeado, las cosas ya no podían ir peor. Mientras se arreglaba, Marta observó, casi sin mirar, que su imagen reflejada en el espejo era todo un poema; su aspecto le recordó la mala suerte que le había estado persiguiendo en los últimos días.

Después de cinco años trabajando en el gabinete

de la renombrada psicóloga Moira Moya, a la que la gente conocía como “la psicóloga de la tele”, debido a sus intervenciones en este medio, de golpe se quedó en el paro. Aun sonaba en su cabeza el taconeo de Moira dirigiéndose a su mesita y diciéndole: “Marta, hemos de hablar”...

Marta, se quitó sus gafas y se preparó para escucharla atentamente. El brillo de sus hermosos ojos azules, delataba la contenida alegría por la noticia que esperaba oír, el merecido aumento de sueldo, que sabía que estaba al caer...

En cambio, Moira, con voz compungida le dijo: “lo siento Marta, he de cerrar el despacho. Mi madre ha muerto. Ya sabes que ella era la directora de Salus...”

Sí, Marta lo sabía, Salus, era el mayor sanatorio mental de Brasil. Su madre había trabajado muy duro para que fuera el mejor del país; además, el sanatorio tenía una particularidad, uno de sus pabellones estaba destinado a dar cobijo a los niños abandonados del Brasil “os meninos e

meninas da rua”. Su madre, había nacido en Belem y toda su vida la dedicó a ayudar a los más necesitados. Allá, en su ciudad natal conoció a un catalán, Enrique, se casó con él y vinieron a vivir a Barcelona. Un año después nació Moira; juntos vivieron años felices, hasta que el cáncer acabó con Enrique. Ella decidió volver a su tierra natal, a dirigir nuevamente el sanatorio para encontrar sentido a su existencia. Moira, a sus treinta años era feliz en Cataluña, amaba Cataluña y decidió quedarse aquí, pero le hizo una promesa a su madre: se haría cargo de Salus, el día que ella faltara. Sí, Marta conocía toda esa historia...

“Marta, han sido muchos años juntas, desearía llevarte conmigo, pero entiendo que tienes tu vida aquí, tus estudios... y a Juan”.

“Como es lógico, te daré el dinero suficiente para que estés tranquila durante unos meses.”

Tranquila. ¿Cómo iba a estar tranquila? Estaba pagando junto con Juan un piso, gastos de la Facultad y lo que era peor, sólo podía buscar un

trabajo de media jornada, sino ¿cómo iba a terminar la carrera?

Por eso el trabajo de Moira, le había ido como anillo al dedo, jornada de cuatro horas, contestar al teléfono, abrir a las visitas y de paso aprender, ya que ella estaba estudiando Psicología.

Marta iba pensando en todo esto, mientras secaba su larga cabellera rubia. El ruido del secador le hizo recordar, que lo peor no era haberse quedado sin trabajo. Al día siguiente de quedarse en paro, Juan la dejó. La dejó aquel día, aunque en realidad ya la había dejado hacía mucho tiempo. La manera de acariciarla, de besarla ya no era la misma. Días de llegar tarde, días de reuniones imprevistas, días de inoportunas averías en el coche, que le retenían largas horas...

Aquel día, Juan mirando fijamente el cristal de la mesa del comedor, como si en él pudiera encontrar los objetivos de su vida; sin levantar sus ojos, sin siquiera atreverse a mirarle a la cara, le dijo: “lo siento Marta, no me siento preparado

para seguir. Somos demasiado jóvenes, necesito tiempo...” y con paso inseguro, se fue cerrando la puerta detrás de él.

En aquel maldito 29 de febrero, a Marta ya no le quedaban ni lágrimas, ni esperanzas. Entre sollozos, mientras seguía arreglándose pensó que debería maquillarse los ojos. Los tenía completamente hinchados y enrojecidos. Además, en una semana, había perdido cinco kilos y con lo delgada que ya era de por sí, si seguía perdiendo peso su imagen desaparecería tras el espejo.

El sonido del teléfono la sacó de golpe de sus pensamientos...

—“Dígame”...

—“¡Hey!, ¿lo has visto?, ¡está nevando! ¡Es alucinante!..”

Marta no pudo evitar esbozar una sonrisa. Era la voz inconfundible de Montse, su mejor amiga. Estaba totalmente “loca”, pero tenía la virtud de animarla, pasara lo que pasara.

Habían quedado aquella mañana para desayunar. Incluso después de haber conocido a Juan, tenían la costumbre de verse una vez a la semana. Las dos pensaban, que una relación de pareja, no tenía por qué interferir en su amistad.

Una amistad de muchos años. Y pensar que esta pelirroja era su mejor amiga... Se conocieron en octavo de básica. Marta llegó nueva al colegio y estaba aterrada. La sonrisa de Montse y los destellos de fuego de su pelo, la hicieron tranquilizar. Con el tiempo, se veían fuera del colegio, mantenían intereses comunes, el cine, el arte y sobre todo, su pasión por los animales, Marta, incluso se había propuesto ser veterinaria.

Todo aquello, se interrumpió bruscamente una noche de agosto, cuando Montse le dijo a Marta, algo que ella ya llevaba sospechando desde hacía tiempo, que le gustaban las mujeres...

Pasó septiembre, octubre, noviembre... hasta que a finales de año, la llamó por teléfono pensando, que no querría hablar con ella, pero...

sucedió todo lo contrario... Fin de Año, tuvo algo especial, eran cuatro: Juan, Marta, Montse y... Marina.

Pero de esto hacía ya mucho tiempo, habían pasado casi once años, estaban ya en los veinticinco y esto formaba ya parte de las anécdotas del pasado.

Marta, sonriendo ante el micrófono del teléfono, comentó:

—“Montse, perdona pero creo que no podré quedar contigo, he pillado un resfriado y me encuentro fatal”.

—“¿Quieres que venga? Esto es que andas baja de defensas, por culpa de lo que ha pasado estos últimos días.”, dijo Montse al otro lado del hilo.

¿Por qué esa pelirroja la conocía tan bien?... Silencio tras el auricular. “¿Nos vemos mañana, Montse?”

—“De acuerdo y cuídate Marta y no olvides que

hay más peces en el mar...”

¿Peces? Marta recordó, que con todo el jaleo, hacía dos días que no les daba de comer a los peces.

Mientras cogía la comida de “Fred y Ginger”, —así les había puesto Juan—, conectó la radio, desde que él se había marchado, no soportaba el silencio de la casa.

Estuvo moviendo el dial, hasta que se quedó en Radio Nacional, la voz del locutor, la tranquilizó.

Se tomó una aspirina, la resaca la estaba matando. Había mezclado tantas bebidas estos últimos días y lo peor, no había comido nada, por eso se sentía tan débil.

De pronto la voz del locutor, dejó paso a la de una mujer, era una voz extraña. Extraña, pero a la vez conocida... O tal vez lo único extraño, era aquella mañana... Una mañana en la que Marta, no tenía nada que hacer, había pensado en comprar el periódico para buscar trabajo, pero aquella voz,

aquella voz especial, le hizo olvidar su propósito... También le hizo olvidar que la leche se estaba calentando... Marta estaba tan absorta, que no se dio cuenta que la leche se estaba derramando...

CAPÍTULO DOS

“¿Desde cuándo es Ud. bruja?” Preguntaba el locutor.

Tras unos instantes de silencio, la voz de aquella mujer respondió, “¿desde cuándo es Ud. locutor?” “Son preguntas bastante difíciles de responder. Creo que todos cuando venimos a este mundo, estamos ya destinados, tenemos un papel determinado y si luchamos contra ello, la vida se encarga de llevarte a un camino de retorno hacia tu destino”.

“¿Es eso lo que le pasó?” Le interpeló el locutor.

“En efecto”, afirmó ella. “Yo procedo de una familia, en la que podríamos afirmar que todos son bastante científicos, mi padre es químico y mi hermano médico, tal vez por eso al decirles lo que me ocurría, me llevaron a un psiquiatra”.

“¿Creían que estaba loca?”, le interrogó.

“Pues sí, y eso cuando eres pequeño te confunde. La primera vez que le conté a mi madre lo que había visto, enseguida me di cuenta de que si la mujer que me había traído al mundo no me comprendía, difícilmente me entenderían los demás”.

“¿Qué es lo que vio?”

“Ciertamente no fue nada agradable”. “Vi el derrumbamiento de una casa en el Paseo de Gracia, niños pequeños gritando, una mujer embarazada con una herida en la cabeza. Y por encima de todo, pánico, horror y sangre, mucha sangre”.

“¿Su madre, hizo algo al respecto?”

“En absoluto, no creyó ni una sola palabra”. “Las visiones, se fueron repitiendo cada vez con mayor intensidad y mi madre en lugar de escucharme, me cambió a un colegio religioso. Pensó que esto me ayudaría liberándome de algún tipo influencias inadecuadas, que ella achacó al

anterior colegio”.

“¿Se derrumbó aquella casa?”

“Si, hubo cincuenta muertos. Cincuenta personas, que tal vez si mi madre me hubiera escuchado, estarían vivas”. “Posiblemente Ud. lo recordará, porque más o menos tiene mi edad. Se trata de aquella casa que se desmoronó, justo al lado de La Pedrera”.

“¿Y si yo le dijera que no me creo nada de todo esto?, ¿que no tiene Ud. ninguna prueba?, ¿qué me diría?”

“Bueno, pues aunque no es mi costumbre, para demostrarle que no miento, dejaré ahora mismo en silencio todas las emisoras.”

La risa del locutor, se desvaneció de repente...
Sólo el silencio...

Marta, terminó de tomar el vaso de leche y las galletas que se había preparado. Apoyada en la cocina americana, observaba la luz que entraba a

raudales por el ventanal. La verdad, es que la casa le parecía preciosa, el suelo blanco, la luz que generosamente siempre inundaba el apartamento y que hoy, además, con la visión de la nieve, tenía un cierto toque mágico.

Se levantó para cambiar el dial, pensando: “estos de la radio ya no saben que inventar, para ganar audiencia”.

Probó a poner otra emisora, Onda Rambla, pero tampoco transmitían... Marta, siguió cambiando de emisoras, pero de ninguna frecuencia, surgía señal alguna... Pensó, las pilas, seguro.

Se acercó a un cajón y cogió unas pilas nuevas. Siempre tenía repuesto, Marta, no podía vivir sin la radio. Sobre todo por la noche, ahora que el cuerpo de Juan no estaba al lado de su almohada... Al cambiar las pilas, se dio cuenta de que seguía sin funcionar... Volvió a poner Radio Nacional y al cabo de unos minutos, la voz del locutor, la sacó de su estupor...

“Señores oyentes. Debido a un problema eléctrico, totalmente ajeno a nuestra voluntad, se ha producido un fallo en el repetidor, que nos ha dejado sin emisión durante unos minutos. Rogamos disculpen las molestias, etc., etc...” “Y seguimos con nuestra invitada. Nos gustaría, si Uds. lo desean, que llamaran ahora y le formularan una pregunta, sólo una, a la que ella les responderá...”

Que originales, pensó Marta. Estamos en un momento en los medios de comunicación, en que todos los programas son iguales... alguien llama, cuenta su vida y el locutor cobra a fin de mes...

La voz de aquella vidente, interrumpió los pensamientos de Marta, dejándola totalmente sorprendida al decir:

“No quiero que las personas que llamen me cuenten nada. Les diré como son físicamente y les diré algo de su pasado como referencia, antes de decirles algo de su futuro...”

“De acuerdo”, dijo el locutor con tono

escéptico. “Aquí tenemos la primera llamada. Díganos su nombre por favor”.

La oyente, no tuvo tiempo de responder, la voz de aquella extraña mujer, se anticipó con una entonación que evidenciaba su seguridad: “Se llama Blanca, sus ojos son verdes y tiene un lunar en la frente. Es bajita y esto la acompleja. Fue drogadicta a los quince años y teme recaer. Blanca, no se preocupe, porque esto no sucederá.”

El locutor, estupefacto, con voz abrumada se dirigió a la oyente: “¿te llamas Blanca?”

La muchacha, respondió afirmativamente, pero ya no pudo decir nada más, entre sollozos, dio las gracias y colgó.

Marta, empezó a interesarse por el montaje que estaban haciendo en aquel programa. Le pareció algo interesante desde el punto de vista psicológico.

Durante un cuarto de hora, siguió escuchando llamada tras llamada, al final sin ya prestar

demasiada atención. Pensó, que todo eran llamadas preparadas, eso sí, con mucha imaginación, pero sin duda preparadas... A pesar de todo, aquella voz seguía atrayéndola, tenía algo muy especial...

Sin dar mayor importancia al tema, empezó a vestirse abrigándose bien. Jersey de cuello alto, pantalón acolchado y las botas.

A punto ya de salir se dirigió a apagar la radio, cuando oyó una voz que la sobresaltó.

“Si, un momento por favor” murmuró el locutor.

“Te llamas Montse, eres pelirroja, ojos negros y en el pasado te sentiste mal al no aceptar tu condición de lesbiana, ahora estás bien y has encontrado el amor con una chica llamada Marina”.

Fue en aquel momento cuando Marta comprendió, que no se trataba de ningún montaje y

aunque resultara casi increíble, aquella mujer tenía sin lugar a dudas un poder especial.

¿Y por qué no?, su abuela era gallega y en muchas ocasiones le había hablado de las meigas. La leyenda, aún vigente en la actualidad, cuenta que eran mujeres ancianas que habitaban en pueblecitos recónditos de Galicia, y utilizaban sus conocimientos sobre las hierbas, para curar cualquier enfermedad de los lugareños, que acudían a ellas.

Marta recordó como su propia abuela preparaba brebajes, recogía hierbas y hacía conjuros. Incluso había utilizado una de sus pócimas con el abuelo de Marta. Diluía en el café, en las salsas y en cualquier comida que tomara su marido, una infusión de flores de geranio. Ella alardeaba de que aquel matrimonio perfecto era debido a su pócima...

Pero, tal vez las leyendas no eran leyendas y el espejo de Alicia existía.

Marta, apagó la radio y después de cerrar la puerta de su casa se dirigió al ascensor. Pensó, mientras pulsaba el botón para bajar los diez pisos que la separaban de la calle, que sería interesante conocer a esa vidente. Conocer que había detrás de aquella voz...

Saliendo del ascensor, un botón de su chaqueta se desprendió...

CAPÍTULO TRES

El frío de la mañana, la devolvió a la realidad. ¿Brujas?... ¡Bah!.. De momento, por lo único que debía preocuparse, era por encontrar trabajo.

Javier, el del kiosco de al lado del metro la saluda, como siempre, con una gran sonrisa

—“Hola Marta, ¿Cómo va todo?”

—“Mal Javier, la verdad es que empiezo la semana con mal pie”.

—“Eso, Marta, son tonterías. Cierra los ojos, siente la nieve, el sol y recuerda lo que dice Serrat: Hoy puede ser un gran día...”

Marta sonrió, ese hombre de pelo cano, sabía más de psicología, que todos sus compañeros de la Facultad juntos...

Mientras bajaba las escaleras del metro, abrió el periódico buscando las ofertas de trabajo...

Quien se lo iba a decir, ella, inmersa en las páginas de ofertas laborales... ella, sin pareja... Casi sin querer, paso una mirada por la cartelera: Cuando Harry encontró a Sally... la estuvo viendo con Juan y aquella tarde, recordó, estuvo de acuerdo en que todas las historias tienen un final feliz...

El estridente sonido del chirriar de los frenos del metro, la sacó de su ensimismamiento... ¡Todo el mundo gritaba!..

—“¡Se ha tirado!, ¡Yo lo vi!..”

—“¡Dios mío!, ¡Es terrible!.. Era tan joven...”

El conductor, obnubilado, totalmente aterido por el horror de aquel dantesco espectáculo, era incapaz de articular palabra... A continuación, la policía, la ambulancia... Marta vio todo aquello aterrorizada. Precisamente se había fijado en aquella chiquilla que no debía tener más allá de quince años, porque le llamó la atención la bonita falda que llevaba. ¿Qué pudo impulsarle a hacer

algo así?

De pronto, una voz metálica, impertérrita, anunció por la megafonía: “por causas ajenas a la empresa, esta línea permanecerá detenida durante aproximadamente media hora. Rogamos a los señores pasajeros, que hagan uso del servicio de autobuses durante este tiempo. Disculpen las molestias”.

Marta, no quería coger nada, aquella mañana era demasiado extraña, sólo faltaba el suicidio de aquella pobre chica... Siguió hojeando el periódico, sus ojos azules, pasaron con rapidez de una sección a otra: Futurología... ¡A aquella pobre muchacha, ya no le hacía falta conocer su destino!

La gente, seguía arremolinada... El morbo, era sin duda uno de los aspectos, que más efecto producía en todo el mundo... Seguían los comentarios...

—“A lo mejor, la había dejado el novio...”

—“O suspendió los exámenes...”

¿Qué sabrá la gente? Pensó Marta.

De repente un nombre en el periódico, le produjo un escalofrío, la hizo temblar como si estuviera en plena calle, bajo el frío... “Milena”... ese nombre, ¿qué le recordaba?

Mientras intentaba recordar, seguía sin poder apartar sus ojos de aquel anuncio: “Milena. Notaras la diferencia” “Tel.: 466.66.66”... No sabía que le producía más asombro, si la desfachatez del anuncio o aquel número de teléfono... ¿Cómo se podía tener tanta desfachatez en un planteo?... Y en cuanto al teléfono, ¿era un pacto con el diablo o con Telefónica?...

Era curioso, a pesar de estar estudiando en la Facultad de Psicología, en ningún momento se había desvanecido su atracción por el esoterismo, por lo oculto, que había sentido siempre, desde muy pequeña... Aún le parecía oír la voz de su padre, Jorge, diciéndole con cara muy seria tal como le había recomendado María, su esposa: “Marta, hemos de hablar...” “Me ha dicho mamá,

que quieres estudiar brujería...” A lo que Marta, sonriendo le había contestado: “brujería no, papá, parapsicología” y es que Marta a sus escasos doce años, ya tenía muy claro lo que quería; sobre todo después de haber visto por la tele, aquella película de Roman Polanski “La Semilla del Diablo”. La sola idea de que alguien pudiera matar, consiguiendo un mero objeto de la víctima, la fascinaba.

“Verás Marta”, siguió su padre, “la parapsicología o como se llame, está bien como una afición, como un entretenimiento... pero la vida real es otra cosa, unos estudios, una casa, una familia...” La voz de su padre cada vez le parecía más lejana y Marta se entretenía mirando con atención los reflejos de la luz, en uno de los lagrimones de cristal de la lámpara del comedor, su madre, decía que eran lágrimas de los gnomos, los geniecillos de la Tierra, que habitaban la casa...

Entretanto su madre, María, desde la cocina sonreía complacida con el discurso de Jorge a su

hija... ambos deseaban para ella el mejor futuro, que fueran capaces de proporcionarle...

Y Marta, deseaba estudiar parapsicología, pero las facultades de esta disciplina, no existían en España, y cuando ya tuvo edad para saber que Roman Polansky, había perdido a su esposa Sharon Tate en un ritual satánico, a manos de una secta liderada por Charles Manson, la atrocidad de aquel asesinato, la hizo querer profundizar en la mente de las personas. Empezó a leer a Freud, luego vino Jung y después Maslow... y más tarde, los jardines de Pedralbes y aquella Facultad, que se hizo para ser provisional, pero donde los pabellones se eternizaban y seguían con goteras.

Aun y así, el interés de ella por los fenómenos extraños seguía allí, escondido como un animal agazapado, pero allí, al fin y al cabo...

Repentinamente salió de sus pensamientos y con absoluta claridad lo recordó: Milena... la voz extraña de la radio..., la llamada de Montse... Buscó unas monedas en su bolso y se dirigió a una

cabina en el metro, descolgó el auricular y... ¡No funciona...!, ¡No falla!, Cuándo las necesitas jamás funcionan, ¡deberían inventar un teléfono que se llevara en el bolsillo!.. Siguió probando, ninguna de las cabinas del metro funcionaba...

¡Qué diablos!, Saldría a la calle aunque hiciera frío, total ya había pasado más de media hora y el metro seguía sin funcionar...

El ruido de la circulación, los turistas japoneses fotografiando la Sagrada Familia... era evidente, fuera del metro el mundo seguía girando implacablemente... Se acercó a una cabina y levanto el teléfono, menos mal, esta sí funcionaba... marcó los números con rapidez...

Marta, esperaba oír la voz de una secretaria, pero no..., al otro lado del hilo respondió la misma voz de la radio...

—“Hola Marta”, dijo, “estaba esperando tu llamada”

Marta enmudeció, su primer impulso fue colgar,

olvidar todo aquello y acudir a una entrevista de trabajo, eso es lo que debiera haber hecho esta mañana... Pero la curiosidad y la atracción que sentía por aquella misteriosa voz la retuvo, se quedó completamente inmóvil escuchando aquella voz que le daba la dirección y le decía que le esperaba a las diez y media.

A las diez y cinco, Marta cogió un taxi. A las diez y cuarto, su paquete de tabaco cayó del bolso...

CAPÍTULO CUATRO

Para Marta, el Barrio Gótico, era uno de los barrios con mayor encanto de la ciudad, o por lo menos así se lo parecía.

Llegó a la calle Sant Sever y con auténtica puntualidad inglesa, abrió la puerta de la escalera, pero todo estaba oscuro. De forma automática buscó por la pared el interruptor de la luz, pero su búsqueda resultó infructuosa. Debía subir al primer piso, pero la verdad, no acababa de decidirse, los escalones estaban resbaladizos por culpa de la nieve y sus botas tenían unos tacones demasiado altos... Inesperadamente, la tenue luz de una puerta entreabierta iluminó el pequeño vestíbulo, echó su mirada hacia arriba y vislumbró una silueta oscura, que la llamaba:

—“Marta, es aquí. Sube”.

—“¿Qué pasa con la luz?”, increpó ella.

—“No hay” respondió Milena, “vivo sola aquí y

no la necesito”.

Marta, mientras subía los escalones frunció el ceño y susurró entre dientes: “debería estar buscando trabajo...”

Al llegar al alfeizar, quedó asombrada ante la imagen, que se ofrecía a sus ojos... velas negras por todo el recibidor, que seguían por todo el piso... un intenso aroma a incienso, un incienso, que no le resultaba familiar... y aquella larga melena negra azabache, que cubría displicente la figura de Milena...

—“Pasa por favor, no te quedes aquí”.

Aunque la primera sensación fue de temor, algo en el interior de Marta le aportaba tranquilidad, le hacía sentir que no le ocurriría nada.

—“¿Cómo sabías mi nombre?”, preguntó Marta algo aturdida.

—“Sin preguntas, por favor” —respondió Milena con cierta frialdad—“No sabemos siquiera

de dónde venimos o a dónde vamos, ¿qué importa, por tanto, cómo sabía tu nombre? Siéntate aquí, que ahora mismo estoy contigo”, le dijo, señalando con su larga mano, un sillón de mimbre negro, situado en la primera habitación del largo corredor.

El intenso olor a café recién hecho, le hizo intuir, que Milena lo estaba preparando, entretanto, aprovechó para repasar la estancia con su mirada. Nunca, hasta entonces, había visto paredes pintadas de negro, ni tantas velas negras ardiendo; pensó que se podría producir un incendio con gran facilidad.

Había otro sillón como el suyo y una mesita redonda, con un tapete violeta con extraños símbolos estampados en él, encima unas cartas del Tarot. Tocó una, tenía una chocante e irregular mancha roja, se dio cuenta que todas la tenían... Al lado, yacían ubicados unos singulares caparzones de caracol, junto a la fotografía de un niño pequeño, el mismo cuya foto había visto también en el recibidor, en un marco negro.

La luz de las velas, hacían que a la derecha de la mesa, sobre la pared negra, se recortara la silueta de algo que le pareció una especie de altar, sobre el mismo destacaba con fuerza una imagen de mujer con largo cabello negro, con ropas azules a cuyos pies reposaban unos collares de cuentas de colores y la de un hombre, cuya cara estaba recubierta por una índole de hojas de paja, que le daba una apariencia similar a la de aquellos antiguos espantapájaros, que Marta Había visto en el campo. Se podían ver también cocos, limones y una bebida blanca, que no consiguió identificar y a su alrededor un buen número de fotografías de personas de distintas edades, razas y sexo.

Marta había estudiado antropología y todo aquello, le pareció muy interesante, pero cuando Milena apareció, recordó lo que ya le había dicho antes y prefirió no preguntarle nada.

—“Aquí estoy, sostenme el azúcar por favor”.

Marta no pudo evitar pensar, que aquella mujer se comportaba como si se conocieran de toda la

vida. Mientras Milena disponía las tazas sobre un pequeño salvamanteles de color azul, Marta, aprovechó para observarla más atentamente, debía tener unos cuarenta años, sus ojos eran de un negro tan intenso como el de su larga melena. Esa imagen contrastaba con su vestimenta, pantalones vaqueros, camiseta y zapatillas blancas, tal vez esa ropa evitaba que se la confundiera con la vampiresa, que aparecía en la Familia Monster, sino fuera por eso podría dar vida al personaje de Morticia.

—“Lo siento, pero ya he tomado mi café del día”, dijo Marta.

—“¿Cuántos terrones?”, replicó Milena sonriendo sin hacerle el menor caso.

—“Tres, por favor”

—“Te gusta lo dulce”, afirmó.

—“Sí, la vida ya es suficientemente amarga” contestó Marta con tristeza. Acto seguido, levantó la taza y se dispuso a tomar el café, intentando

disimular el temblor de sus manos. Nadie sabía que estaba en esa casa...

Milena le dijo entonces, que al terminar de tomar el café, volcara la taza sobre el platito y pusiera su mano izquierda sobre la misma, durante unos minutos.

Tomó el café y siguió al pie de la letra las instrucciones de Milena, pasados unos minutos, ésta le pidió que levantara su mano. Marta se fue tranquilizando poco a poco.

Milena le dio la vuelta a la taza y estuvo en silencio unos minutos. En el interior de la misma, se habían formado una gran cantidad de figuras, que a Marta, se le antojaron como las que tantas veces había visto en las láminas de Rorschach, las manchas de tinta que se utilizan para hacer los test psicológicos.

Milena, empezó a hablar:

—“Tu pareja, te ha abandonado. Lo ha hecho con una excusa, pero la realidad, es que hay otra

mujer en su vida. Con el tiempo volverá y tu le abrirás nuevamente tu corazón”.

—“Tus padres se han divorciado hace poco y tu te sientes culpable por no estar más tiempo a su lado, para ayudarles en este trance”.

—“Tenías un perrito llamado Grey, al que un coche atropelló, debido al dolor que sentiste, nunca más has tenido otro perro, solamente tienes dos peces: “Ginger y Fred”.

Esta precisión asombrosa, a Marta le parecía inconcebible y mentalmente buscaba una explicación lógica. Telepatía, pensó, pero interrumpió a Milena, para preguntarle aquello que le preocupaba...

“Perdona Milena, pero lo que de verdad me interesa, es encontrar trabajo. Dime si lo encontraré y cuando”.

Marta sintió la profunda mirada de Milena, clavándose en sus pupilas...

—“Mañana mismo, si tú quieres, tendrás trabajo”, manifestó Milena sin pestañear.

—“¿Perdona?”, murmuró Marta absolutamente sorprendida.

—“Necesito una secretaria. Desde que intervengo en Radio Nacional, el teléfono no para de sonar”.

Lo cual, era cierto pues desde que Marta había llegado, el teléfono no paró de sonar y un contestador iba grabando las llamadas. Tras unos instantes de duda, Marta respondió: “De acuerdo, pero eso sí, si es posible querría trabajar media jornada”.

—“Ningún problema, trabajarás de cuatro a ocho de la tarde. Tus obligaciones serán contestar al teléfono y abrir la puerta a las vistas... ¡Ah! Y cuidar de Ashé...”

Silbó de una manera extraña y apareció un felino. A Marta le extrañó aquel nombre, recordó que en algunas religiones afroamericanas, nacidas

de la religión Lucumí, se usaba este vocablo para definir la energía vital.

—“Este es Ashé, mi gato”. Dijo Milena acariciándole.

Marta fijó sus azules ojos, en el iris de aquel gato. Observó sorprendida el gran parecido que tenían aquellos ojos, con el del niño pequeño de la fotografía. Tal vez, sino hubiera estado tan fascinada en esta contemplación, habría visto a Milena, recogiendo un cabello rubio del tapete violeta...

CAPÍTULO CINCO

Casi no tuvo tiempo de digerirlo y ya estaba en su nuevo trabajo; Marta ya estaba contestando al teléfono sin parar.

El tiempo, le pasaba casi sin sentir. Cuando antes trabajaba con Moira, los minutos no pasaban y ella mataba el tiempo leyendo libros, sólo alguna llamada de vez en cuando pidiendo hora o preguntando por Moira, perturbaba la monotonía; pero aquí era diferente, la gente contaba con ella, con su opinión, Le explicaban a Marta sus más recónditos secretos, sus miedos, sus obsesiones; se lo contaban, para que más tarde Milena diera también su opinión a través de ella, ya que Milena, jamás se ponía al teléfono.

En este trabajo, Marta, estaba aprendiendo más, que en cualquier Facultad. Sólo había dos cosas que la incomodaban, las anómalas llamadas de los miércoles y aquella estatua de madera.

Cada miércoles a las horas punta, llamaba Miriam. Al principio llamaba y colgaba, posteriormente se la oía respirar al otro lado de la línea, al cabo de seis semanas habló por fin.

Después de sonar tres veces, Marta descolgó el teléfono:

—“Despacho de Milena, dígame”

—“Hola, soy Miriam”

—“Buenas tardes, Ud. dirá...”

—“¿Sabes quién soy?”

—“Miriam, eso has dicho, ¿no es cierto?”, contestó Marta con cierto disgusto. Estaba a punto de llegar la primera visita y sólo le faltaba andar con jeroglíficos. Que vaya al grano, pensó.

—“Te he estado llamando, desde que trabajas aquí, pero no sabía cómo plantearte las cosas”.

Marta pensó, que era un problema que Milena saliera por la radio. Podía escuchar cualquiera.

Decidió seguirle la corriente, por experiencia sabía que era lo más adecuado.

—“Tú dirás”, asintió lacónicamente.

—“Deja este trabajo. Por la voz pareces muy joven”.

—“Oye mira, no quiero ser grosera, pero tengo mucho trabajo”, espetó Marta mientras pensaba para sí: “sólo me faltaba que esta chiflada, me cuestionara por mi edad”.

El timbre de la puerta, sonaba con tanta insistencia, que sin duda incluso Miriam debía haberlo oído, tal vez por eso dijo:

—“De acuerdo, llamaré la próxima semana media hora antes de que empecéis las visitas, a las tres y media. Por favor, procura estar a esa hora, estoy arriesgándome mucho”.

“Sí, sólo me falta esto”, pensó Marta, “no tengo tiempo ni de comer y vendré para escuchar a esa loca media hora antes”. De todos modos, le dijo

que sí, para sacársela de encima. Colgó y con paso raudo, se dirigió a la puerta.

—Hola. Buenas tardes, soy la Sra. Díaz, tenía hora con Milena a las cuatro. Disculpe el retraso, pero es que el tráfico, estaba fatal y encima al llegar aquí no había modo de aparcar el coche.

Marta sonrió al ver el atolondramiento de aquella elegante mujer, que parecía la hermana gemela de Grace Kelly.

El teléfono, volvió a sonar. Marta cerró la puerta y se dispuso a contestar, mientras recorría el camino que la separaba del teléfono, le contestó a aquella señora: “no se preocupe, Milena llegará a y cuarto, ha tenido que ir al Hospital de San Pablo, ya que su madre ha enfermado”. Descolgó el teléfono y dijo: “Despacho de Milena. Un momento por favor”. Dejó el auricular sobre su mesa y acompañó a la señora a la sala de espera. Volvió al teléfono y mientras atendía a un joven que quería cambiar su día de visita, se abrió la puerta. Milena, hieráticamente, hizo su entrada. Al

terminar la llamada, Marta se dirigió hacia ella y le inquirió: “hola Milena, ¿cómo está tu madre?”

—“Ha muerto”, dijo Milena sin cambiar el tono de voz, mientras se sacaba los guantes y colgaba su abrigo, con la misma normalidad que cualquier otro día.

Al principio Marta, pensó que se trataba de una broma, de mal gusto, pero una broma al fin y al cabo. Pero su intuición, le dijo que aquello, que parecía tan irreal, era cierto. Y era su intuición, no el rostro de Milena, que permanecía inmutable.

Casi en un susurro, Marta le dijo: “¿quieres que cancele las visitas?”

—“No. ¿Por qué?”, dijo Milena mientras encendía un cigarrillo.

—“No, no. Por nada”, Bien, ya ha llegado la Sra. Díaz y te está esperando.

—“Gracias, Marta. ¿Ha habido algo importante?”

“Por supuesto que sí, ha muerto tu madre y estás tan tranquila”, pensó Marta. Recordó que cuando murió la madre de Moira, ésta, estuvo enferma dos días y eso que no la veía más que un par de veces al año; en cambio, la madre de Milena solía verla a diario o por lo menos le llamaba por teléfono. Marta recordaba el aspecto frágil de aquella mujer, aunque sólo pudo verla una vez, menuda, morena con unos ojos verdes que recordaban el brillo de las esmeraldas. Todo en ella era dulzura, tan y tan distinta a la frialdad de Milena. Reprimiendo lo que su visceralidad le marcaba decir, con toda la afabilidad de la que fue capaz, respondió:

—“No. Nada importante. Bueno, sí, ha llamado una tal Miriam...”

Bruscamente, la expresión de Milena se tornó expectante e intranquila. Maquinalmente masculló: “¿Miriam?”

—“Sí, parecía un poco trastornada. Ha dicho que llamaría la próxima semana. ¿La conoces?”

—“No, en absoluto”. “Bueno, voy a empezar las visitas. No me pases ninguna llamada”.

—“Perdona Milena, ¿Cuándo será el entierro?”

—“No habrá entierro”. Y sin más comentarios desapareció por el corredor.

Marta, en aquel momento fijó su mirada en su segunda causa de incomodidad dentro de aquel trabajo, Eshú, así se llamaba aquella estatua tallada en madera. El origen de su nombre nacía de la religión Lucumí, igual que el gato, era uno de los orishás (deidad), cuya misión era quitar obstáculos y abrir puertas. Para algunos santeros, Eshú, es el orishá más temido. La escultura, estaba en el extremo de la habitación, con su parte frontal dirigida hacia su mesa, pero cuando Milena estaba en la consulta, a Marta, se le antojaba que cobraba vida y se giraba de perfil, para recuperar su posición anterior justo a las ocho, al terminar las consultas.

Marta, sabía que esta impresión era

descabellada, por lo que siguió contestando al teléfono y decidió olvidarse de Eshú, de Miriam y de la madre de Milena. Total a ella, la había contratado como secretaria. Además, por lo que había estudiado, estas deidades se sincretizaban con varios santos católicos, como el Santo Niño de Atocha, así que no podían ser negativos...

El resto de la tarde pasó apaciblemente hasta las ocho. Supo que era esta hora, porque llegó Manuela, la muchacha de la limpieza, que era la puntualidad personificada.

—“Hola Marta. ¿Todavía aquí? La nariz de Manuela, estaba graciosamente enrojecida por el frío reinante.

—“Sí. Ahora mismo me voy Manuela”. Por un momento, pensó en contarle lo sucedido, pero decidió que no era asunto suyo contárselo. Cogió sus cosas, puso el contestador y con paso decidido, se dirigió a la puerta. En el cuaderno de notas situado junto al teléfono, quedó un nombre anotado: “Miriam”...

CAPÍTULO SEIS

Aquel miércoles por la mañana, Marta se sentía feliz. Por fin empezaba a notarse la primavera. El Sol, lucía en todo su esplendor. Aquellos últimos meses, habían sido meteorológicamente anómalos y esto no sucedía sólo en España, toda Europa había sido víctima de las inclemencias del tiempo.

Decidió no tomar el metro e ir andando a la Facultad. Al llegar, como aún era temprano, aprovechó para pasear por los jardines de Pedralbes, todo parecía tener luz propia. Un niño jugaba con la pelota, una joven pareja se miraba tiernamente, como si fuera el último de sus días. Aquella imagen, la entristeció. Recordó las manos de Juan, sus ojos, su olor. Vino a su mente la imagen del día en que se habían conocido. Las palabras que dijo Juan aquel primer día, se repetían en su mente con total nitidez:

—“Que palo de clase, ¿no?”, Marta se giró al oír aquella voz socarrona y le respondió divertida:

“un poco, pero ya se sabe, Estadística, es la peor asignatura de esta carrera. Dicen que cuanto antes la pasas, mejor”.

—“¿Y por qué no pasamos de la próxima hora? Me llamo Juan”. Su cuerpo atlético y su rostro angelical, me atrajeron tanto que pasamos de ésta y de otras muchas clases de Estadística...

—Y Marta, conoció por primera vez lo que había visto en las películas: Katharine Hepburn y Spencer Tracy, Vivien Leigh y Clark Gable, Ingrid Bergman y Humphrey Bogart... Marta y Juan... aquello que llamamos química. Fueron días inolvidables: el día que le enseñó a esquiar en Setcases, el que fueron a tomar el sol en una playa nudista o aquel viaje que juntos hicieron a Rumanía, precisamente ahí, en la localidad rumana de Bran, en las mismas escaleras del Castillo de Vlad Tepes “Drácula”, fue donde Juan se declaró, quizá fue un mal sitio, demasiado tétrico. Por la noche después de comer “mititei”, las dichasas salchichas asadas que casi son lo único que se puede comer, decidieron que al regresar a

Barcelona, comprarían un piso y vivirían juntos.

—Duró seis meses, solamente seis meses...

La pelota del niño, cayó a los pies de Marta, sacándola de su abstracción. Miró el reloj, eran ya las nueve, debía darse prisa sino quería perderse la clase de Antropología. Hoy iban a hablar del Candomblé, religión de origen afroamericano, que tiene su feudo en Brasil. Dicha religión, al igual que la santería, la macumba o el vudú, tenía sus raíces en la religión Lucumí, por lo cual conocería más cosas sobre la estatua del despacho.

Al entrar en clase el profesor de Antropología, Jechini, le lanzó una furibunda mirada de desaprobación. Ya el primer día de clase, había pronunciado una disuasoria frase: “no toleraré, que nadie llegue tarde”, pero Jechini, siguió hablando, Marta, suspiró aliviada. ¿Sería tal vez, por su cortísima falda?

—“El Candomblé, es una religión afroamericana, situada en Brasil y que tiene su

origen en las costumbres y tradiciones, de los esclavos negros procedentes de África, que una vez capturados, recabaron en aquel país. Tal vez su nombre se origina en el candombe, que es el sonido de tambor prolongado, que se usaba en un baile grosero y obsceno de igual nombre, que practicaban aquellos esclavos”

Mientras todo el mundo tomaba apuntes, Marta intentaba encontrar un lugar vacío donde sentarse. La clase estaba abarrotada. Desde el fondo, Montse le hizo una señal, por suerte le había guardado un sitio.

—“La muerte por vudú, es algo conocido por todos, gracias al cine y a la literatura, pero no solamente en el vudú se utilizan los muñecos, todas las religiones del mismo origen, celebran este tipo de ritos. La persona víctima de ellos, empieza a tener problemas psicosomáticos debidos a la sugestión...” Jechini, seguía enfrascado en su disertación.

—“Gracias por guardarme el sitio Montse”.

—“Es que me figuraba que vendría mucha gente Marta, ya sabes que estos temas hacen que el bar de la Facultad, esté más vacío. Por cierto, ¿cómo te va el trabajo?, ya casi no te veo el pelo”. “Diría que esta Milena, te ha embrujado”. Se rio y al mirarla Jechini, disimuló tosiendo.

—“Muy bien tonta, Milena es formidable para trabajar. Te deja absoluta libertad, Moira, era muy amable, pero muy entrometida, ahora al comparar, me doy cuenta”.

—“Bien, algún día, te voy a buscar al trabajo”. “Y cuando llegue, le diré que yo era la de la radio...”

Mientras Marta, sonriendo, le escribía la dirección, se oía como fondo, la voz de Jechini:

—“Los muñecos se hacen con cera virgen, introduciendo en su interior cabellos, uñas o una fotografía de la persona a hechizar”.

Todos prestaban atención. Todos menos Montse y Marta.

—“¿Has visto a Juan?”, se interesó Montse, como quien no quiere la cosa. Desde aquel día, no habían vuelto a mencionar el tema.

—“No”. Fue la escueta respuesta de Marta, pero la tristeza que sus ojos reflejaron, dejó patente para Montse, que era mejor no incidir más en la cuestión. A Montse le resultaba muy doloroso todo aquello. Juan le caía francamente bien, nunca le importó que la mejor amiga de su novia fuera lesbiana y cuando le presentó a Marina, estuvo encantador. Hubiera deseado tanto que volvieran aquellos felices días, en que los cuatro eran como uno. Nunca había creído tanto en la amistad como entonces, cuando todos estaban juntos.

—“¿Te vienes al bar luego?, he quedado con Marina”, apuntó Montse.

Mientras, Jechini continuaba con su perorata: “para matar a alguien, se debe sacrificar un animal. Dentro del corazón de este animal, introducen la fotografía, el cabello o las uñas de la persona. Luego se atraviesa con una aguja larga o

con un cuchillo”... Una de las estudiantes, que seguía la conferencia de Jechini, no pudo reprimir una mueca entre el temor y el asco.

—“De acuerdo. Me vendrá bien hacer campana. Hace días que estoy muy formal y eso, no puede ser bueno para la salud”, asintió Marta con sarcasmo.

—“Y recordar”, dijo Jechini, “el próximo día, quiero un resumen sobre el Candomblé. La otra semana, pasaremos ya a otro tema. Hablaremos de Haití, de los zombis, del Pez Globo y de todos los rituales y hechizos que lo rodean”.

Prácticamente aun flotaba en el aire la última palabra de Jechini, cuando Montse y Marta abandonaban el aula y cruzaban la calle para ir al bar de la Facultad.

Marta aprovechó para comprar el periódico, mientras Montse, con la mirada buscaba a Marina. Allí estaba..., como siempre sonriendo. ¿Cómo había tenido la suerte de enamorar a esa criatura?

Marina llamaba la atención, era una escultural mujer de figura estilizada, que bordeaba el metro ochenta y todo el mundo se preguntaba “¿Dónde la he visto?”... Y es que Marina, era una de las top models mejor pagadas del momento. Le habían ofrecido trabajo en Nueva York, oferta que desechó, porque entonces apareció Montse y Montse, era su vida.

Montse y Marina, se besaron discretamente en la mejilla. Estaban de acuerdo en que si alguien quería espectáculo, debía pagar y los más gracioso, nadie podía sospechar que aquellas dos mujeres, tan femeninas se amaran, a oscuras, en secreto bajo las sábanas.

Se sentaron las tres en un lugar tranquilo y el tiempo pasó casi sin percibirlo, fue entonces cuando Marina propuso:

—“¿Que os parece? ¿Pedimos algo de comer?”

Al ver comer a Marina, Marta no pudo evitar pensar que comía como una lima. “¿Cómo podía

estar tan delgada?”, se dijo para sus adentros.

Mientras comían el postre, Montse y Marina, empezaron a discutir por una tontería. Marta, a la que no le gustaba entrar en discusiones sentimentales, abrió el periódico e hizo un mutis por el foro. Miró la cartelera, en el cine Nápoles reponían “Manhatan” de Woody Allen. Decidió ir a verla esa noche. “Quizá podría invitar a Milena”, pensó; después de la muerte de su madre, no le vendría mal salir un poco.

El reloj del bar marcaba las tres, cuando Marta lo miró de reojo. “¡Dios mío! ¡Es tardísimo! Chicas, la compañía es muy grata, pero mis obligaciones me reclaman, debo marcharme a trabajar. ¡Nos vemos!”, afirmó mientras se levantaba precipitadamente de la silla. Cogió sus cosas y se dispuso a salir del bar, tal vez su preocupación por la hora le impidió oír la voz de Marina diciéndole: “¡Marta, te olvidas el periódico!”

Si la hubiera oído, tendría el periódico en sus

manos y probablemente habría visto la noticia situada tras la cartelera, en la página 66, la de sucesos: “Miriam Martínez, joven actriz de sólo veinte años ha muerto, después de permanecer en coma durante seis días. Los médicos, no se explican lo sucedido y desconocen hasta el momento, las causas que la llevaron a este estado. Actores y actrices acudieron al Hospital Clínico, para presentar sus respetos a sus afligidos padres. Para el recuerdo, nos queda la primera y última película de Miriam, “Iguazú, camino sin retorno”. Seguidamente contaban el duro rodaje en las cataratas del Río Paraná, entre Brasil y Argentina, en la Garganta del Diablo...

Marta bajo del metro en Diagonal, para hacer transbordo a la línea 3...

CAPÍTULO SIETE

Marta llegó al despacho cinco minutos tarde, afortunadamente aún no había llegado nadie. Ashé, salió a saludarle y ronroneando, se restregó en sus piernas amorosamente.

—“Hola Ashé, ¿te han dejado solo?”, susurró Marta, al tiempo que le acariciaba la cabeza con dulzura. El teléfono empezó a sonar, mientras respondía, unas fotografías que estaban sobre el televisor llamaron su atención, cuando iba a mirarlas, oyó llegar a Milena junto con la visita; era el Sr. Parera.

Posiblemente sería una tarde tranquila, el Sr. Parera solía estar mucho rato, por esto a la siguiente visita se le había dado hora a seis y media. Aunque su expectación, le hacía volver la mirada de vez en cuando hacia aquellas fotos, no podía acercarse a verlas ya que el teléfono la mantenía en una actividad febril. Al cabo de un ratito, en un momento de tranquilidad, pudo por fin

satisfacer su curiosidad. Cogió las fotos y se dispuso a mirarlas detenidamente.

Una sensación de repulsión, recorrió sus entrañas, al ver el contenido de aquellas imágenes. En una de ellas, una especie de buitre, muy grande, como de un metro. En las siguientes multitud de ellos. Aunque no identificaba el paisaje de fondo, éste, le recordó la cordillera del Himalaya. Le vino entonces a la memoria, que Milena había efectuado un viaje relámpago a la India, justo después de la muerte de su madre.

La voz de Milena, la sobresaltó; llevaba dos vasos de güisqui, casi con seguridad uno para ella y el otro para el Sr. Parera.

—“Es el buitre del Himalaya, le llaman Mondahuesos. Una bandada de ellos, puede reducir un antílope al esqueleto, en pocos minutos. Llegan a comer tanto, que su propio peso, les dificulta emprender el vuelo posteriormente”.

Marta la miraba, sin comprender. ¿Por qué le

contaba esto? Le importaba un cuerno como se llamaran estos bichos, en realidad, desde que a los seis años le enseñaron algo parecido en el Museo Etnológico de Barcelona y sus gritos se oyeron por doquier, le daban un asco terrible.

Dejó las fotos nuevamente sobre el televisor, al tiempo que Milena le preguntaba: “¿quieres una copa Marta?”

—“No gracias. Odio el güisqui”. Por cierto Milena, ¿quieres venir conmigo al cine esta noche?, hacen una reposición de Woody Allen.

Marta esperaba una respuesta negativa, a mucha gente no le gustaba el humor irónico de aquel inteligente judío.

—“Me encantaría. A las ocho nos vamos y te invito a cenar. ¿Te gustan las fondues?” Sin esperar respuesta, Milena salió de la habitación, al mismo tiempo sonó el teléfono.

Al descolgarlo y responder “Sí dígame”, a Marta le pareció observar un casi imperceptible

movimiento de la escultura de Eshú.

La tarde fue pasando y a eso de las siete una mujer llamó y pidió hora. Se la dio para principios de mayo y preguntó: “¿me da su nombre, por favor?”

—“Miriam López”

—“¿Su teléfono?”

—“Es que...”, titubeó la mujer.

—“No se preocupe, somos discretos. Es por si ocurriera algo”.

La mujer, no demasiado convencida, empezó a dictar el número. Mientras lo anotaba, a Marta le vino a la memoria aquella chica, Miriam, que llamaba todos los miércoles y que le había pedido que estuviera a las tres y media, pero ella no había llegado. Si no hubiera ido al bar con aquellas dos... ¡Bah!, de todos modos seguro que Miriam, debía ser simplemente la típica histérica... Marta no volvió a escuchar la voz de Miriam, ni aquella

tarde, ni ninguna otra.

Ashé, saltó sobre el televisor. “¡Hey! Sal de aquí”, gritó Marta, “si ensucias las fotos, me la voy a cargar yo”. Volvió a mirar las fotografías. Se puso las gafas y observó mejor los detalles. Aquellas aves, estaban comiendo, devoraban algo; ¿un animal, tal vez? y ¿quién habría hecho aquellas fotos?

Cogió el otro montón de fotos, que aún no había visto. Allí estaba Milena con su padre, en otra unos monjes que parecían tibetanos, en otra el cadáver de una mujer... Parecía... no, no podía ser... Marta se quedó lívida al ver el collar... de la madre de Milena.

En aquel momento, Milena regresó para dejar los vasos.

—“Lo que están devorando, es el cuerpo de mi madre. Ella no era católica. Era de una religión del Tibet. Su tradición, es que tras unos rituales, el cadáver debe ser devorado por los

Mondahuesos...”

Marta, absolutamente traspuesta, no pudo oír el final de la explicación, presa de unas fuertes náuseas, se fue corriendo al lavabo, donde vomitó todo lo que había comido al mediodía.

Por la noche, en la cena con Milena, no probó bocado. Y mientras Woody Allen flirteaba con Diane Keaton, seguía horrorizada por aquellas imágenes, que incansablemente se reproducían en su imaginación. Si no hubiera estado tan absorta en sus pensamientos, tal vez habría reparado en que Milena, tampoco estaba atenta a la pantalla... La miraba a ella fijamente...

CAPÍTULO OCHO

A la salida del cine, Milena invitó a Marta a tomar unas caipirinhas.

Nunca antes la había probado, su fuerte sabor le hizo arrugar su pequeña nariz.

—“¿No te gusta?”, rio abiertamente Milena al observar la reacción, “es la bebida típica de Brasil”

—“La verdad, prefiero bebidas más suaves”, sonrió Marta frunciendo aun el entrecejo.

El pub, era muy oscuro, con tonos verdosos y unas sillas incómodas; muy bonitas, pero tremendamente incómodas. El camarero, se acercó a la mesa y les dejó algo para picar. Nueces de Brasil, dijo Milena. Como fondo, la cadencia y calidez de la música de Toquinho.

—“¿Conoces Brasil, Marta?”

—“No. Y eso que Moira, la psicóloga, con quien trabajé, se fue a vivir allí. Me invitó a ir, pero de momento no puedo ir, tengo los exámenes en el mes de junio”.

—“¿Y después?”

—“¿Y después, qué?”, dijo Marta intentando averiguar a qué se refería Milena.

—“Pues que después, nos cogemos unas vacaciones y te vienes conmigo al Brasil. En agosto es una época ideal. No hace tanto calor como en diciembre”.

—“Milena, estoy contenta de que me lo pidas, pero no puedo permitirme un viaje tan costoso y no te lo tomes como algo personal o como una indirecta, estoy contenta con lo que me pagas”.

—“Marta, no lo has entendido, estás invitada a todo. Además, después de lo de Juan, te vendrán bien unos días fuera”.

—“No sé, me parece mucha desfachatez por mi

parte. Déjame pensarlo”. En aquel momento, se arrepintió de haberle explicado algo tan personal.

—“No hay nada que pensar y si no, te despido”. Sonrió, dejando claro que lo del despido, se trataba de una broma, pero con aquella mujer nunca se sabía.

La música de Toquinho, había dejado paso a la de Roberto Carlos. En aquellos instantes, Marta se excusó, dirigiéndose al lavabo. Cuando volvió, vio a Milena en la barra, hablando con una chica mulata, entonces Marta, reparó que en el local no había nadie blanco. Se acercó a ellas...

—“...no, ella no sabe nada...” Milena, se giró sorprendida al ver a Marta. “¡Ah! ¡Hola!”, dijo un tanto vacilante, “Te presento a Marcela. Ella es de Recife y viajará con nosotras”.

—“Estupendo” respondió Marta, saludando a aquella exuberante morena. “¿Estupendo? ¡Y un carajo!, pensó para sí. “Creí que se iba a tratar de unas vacaciones y no de relaciones públicas”. En

fin, Milena era quien pagaba.

Durante el cuarto de hora que Marcela y Milena estuvieron charlando, Marta se mantuvo en silencio tomando otra caipirinha, que le habían pedido.

—“Bueno, muito gasto. Boas noites, nos vemos”, se despidió Marcela, usando una graciosa mezcla de español y brasileiro, con una radiante sonrisa, en la que sus carnosos labios dejaban al descubierto sus blancos dientes, contrastando con su tez morena. Marta, se arrepintió de haber estado tan distante.

Milena y Marta regresaron a su mesa. Marta pensó, que debía tratar de ser amable, ya que había estado muy fría toda la noche. “Y tu Milena, ¿ya has estado en Brasil?” preguntó, intentando mostrar interés, aunque aquella noche, todo le tenía sin cuidado.

Milena, se puso a reír. Posiblemente llevaba demasiado alcohol en la sangre. Nunca la había

visto reír tanto. Parecía que aquel ambiente le transfiriera un cierto halo mágico.

—“Disculpa Marta, no me estaba burlando de ti...” Llamó al camarero y pidió dos bebidas más. Marta intentó declinar la invitación, pero fue en vano. Milena siguió hablando, Marta intentó prestar atención, pero su mente estaba en otra parte, los labios de Juan aparecían totalmente nítidos en su imaginación, tal vez aquella música pegajosa, la transportaba al recuerdo.

—“La primera vez que fui a Brasil, tenía dieciséis años. Mis padres se habían divorciado y yo, no soportaba a mi madrastra. Mi madre, conoció a la madre de Marcela y pensó que me vendría bien pasar un tiempo fuera de todo aquel ambiente”.

“A mí, la verdad, es que no me hacía ninguna gracia; estaba enamorada y esto significaba separarme de José, mi primer amor”.

Marta, prestó atención por primera vez. ¿Milena

enamorada?, eso sí que la intrigaba. De ella, sólo sabía lo que le contó al conocerla: era soltera, nunca se había casado ni lo deseaba. Nunca ningún hombre había aparecido por la consulta, para recogerla.

—“De todos modos, me marché en Carnaval. No te aconsejo esta época, hay demasiada gente. Estuve en Río de Janeiro, en São Paulo y al final el Carnaval, dio paso al invierno y al verano, y me quedé a vivir en Recife, ciudad natal de Marcela”.

—“¿Durante cuánto tiempo estuviste allí?”, preguntó Marta con perplejidad.

—“Seis años y después volví a Barcelona”.

—“¿Y de que vivías?”

—“Trabajé con Marcela. Ella es esteticista y me enseñó maquillaje, masaje, depilación... Era divertido. La verdad, es que finalmente, fui muy feliz allí”.

—“¿Y por qué volviste?”

—“Por las favelas, Marta”. Al ver que Marta, no lo había entendido, añadió: “son chabolas donde vive el 75 por ciento de la población... Hay tanta pobreza en Brasil... nunca te acostumbras...” Los ojos de Milena, se entristecieron.

Marta, intentó cambiar de tema. Estaba empezando a tenerle cariño a esa extraña mujer y no le gustaba verla triste.

—“¿Y qué fue de José?”

—“¿De José?... Nada... Sigue casado... y alcoholico”. Milena pidió la cuenta al camarero y se levantó con premura.

Marta se quedó intrigada, pero la actitud de Milena le hizo ver, que lo prudente era no preguntar nada más.

Mientras Milena pagaba, Milena reparó en algo a lo que no había prestado atención. Milena, vestía siempre de rojo y negro. Y, además, llevaba siempre un collar de cuentas también rojas y negras como el de su madre. Marta seguía

distraída con aquello mientras escuchaba la música. Por eso no oyó al camarero cuando al despedirse dijo: —cuídese, Milena de Elegguá—. Si lo hubiera oído, habría recordado lo que Jechini comentó de Elegguá, que era el orishá más fuerte después de Obatalá y que una de sus apariencias, era Eshú.

Hacía calor, pero Marta sintió escalofríos al abandonar el local.

CAPÍTULO NUEVE

Llegaron los exámenes finales y Marta pensó que los milagros existían: lo aprobó todo y eso, que no había estudiado casi nada. Llevaba dos meses, sin pegar golpe. Trabajando, eso sí, pero por las mañanas, no iba casi nunca a la Facultad. De vez en cuando, Montse había ido a la consulta a buscarla y para llevarle de paso, fotocopias de los apuntes.

Milena parecía sentirse molesta cuando veía a Montse en la consulta; tal vez, no le agradaban las mujeres lesbianas, pero debería de aguantarse, porque Montse era su mejor amiga.

Por las noches, Marta había cogido la costumbre de ir a cenar con Milena e ir luego a tomar unas copas. Se solían hacer las cinco de la madrugada y, claro, al día siguiente, no podía ni mover un brazo. Su hora habitual de levantarse, pasó a ser a mediodía.

Por eso, no podía comprender como había aprobado todas las asignaturas. Siquiera había visitado a los profesores en sus despachos, eso siempre da resultado. Bueno sí, fue a ver a Jechini y aquel día, hubiera jurado que vio por los pasillos, la falda roja de Milena; pero inmediatamente había descartado la idea, ¿qué podía hacer Milena en la Facultad?...

La relación entre Marta y Milena, cada vez era más estrecha. Milena, era capaz de anular una visita, si veía a Marta deprimida o nostálgica recordando a Juan.

Frecuentemente, le decía que se quedara a dormir. Marta por pereza y por no encontrar la soledad de su casa y el vacío de su cama, a regañadientes se quedaba.

Aunque la cama de Milena era muy grande; la primera noche que Marta se quedó, sintió cierta incomodidad ante la desnudez de Milena quien dormía sin nada encima. Sin nada, excepto sus collares, que según le explicó, sólo se sacaba para

bañarse o para hacer el amor. Luego, se fue acostumbrando. Al fin y al cabo, ambas eran mujeres.

Una noche, se despertó sobresaltada y excitada. Le había parecido sentir el contacto de Ashé, frotándose entre sus piernas, en sus partes más íntimas. Pensó que se habría tratado de un sueño. Sonrió y se durmió de nuevo. Al despertarse al día siguiente, observó sorprendida, que Milena aun dormida, no llevaba puestos sus collares. Desde aquel día y a pesar de la insistencia de Milena, Marta, jamás volvió a quedarse a dormir...

Días más tarde su madre, María, llamó a Marta para celebrar juntas, que hubiera aprobado. Quedaron para encontrarse en Aux Trois Délices, un restaurante francés que adoraba y donde servían el mejor Steak Tartare, de toda Barcelona.

—“No me gusta la idea de que vayas a Brasil, con esa mujer”. ¿Por qué se lo había dicho?, pensó Marta. Desde los postres, cuando se lo mencionó, todo habían sido broncas y reproches.

—“Desde que trabajas con ella, he oído su programa en la radio y te aseguro, que esa mujer no es trigo limpio. Esconde algo y no es nada bueno”.

—“Mamá, tengo veinticinco años y sé cuidarme solita”.

—“Eso espero Marta”, suspiró María, mientras se echaba mucho azúcar en el café.

Para Marta, el treinta y uno de Julio, tardó mucho en llegar. Barcelona, estaba casi vacía. Mucha gente se había marchado ya de vacaciones. En la televisión, todo eran programas repetidos y en la cartelera de cine, sólo se estrenaban películas infantiles.

El programa de Radio Nacional, estaba también de vacaciones, por lo que el teléfono de la consulta, estaba bastante tranquilo.

Un caluroso miércoles en que Milena se había tomado la tarde libre, a las seis de la tarde sonó el teléfono.

—“Hola, eres Marta ¿verdad?”

—“Sí. Así es.”

—“Verás, no tengo tiempo que perder. Mi nombre no importa, yo era amiga de Miriam, la chica que te llamó varias veces. Murió, los médicos no entendieron jamás, que sucedió. De repente, entró en coma y ya no despertó, murió a los seis días”.

Marta, recordó a la “chica de los miércoles”, que es como al final la había bautizado y respondió:

—“Perdona, siento mucho lo de tu amiga, pero ¿qué tengo yo que ver con esta historia? Siquiera llegué a conocerla”.

—“Tienes que ver y mucho, Marta. Miriam, fue la anterior secretaria de Milena, descubrió ciertas cosas y ésta, la despidió. Antes de caer en coma, me explicó lo que sucedía y me dijo que quería hablar contigo”.

—“Miriam, llevaba tiempo en tratamiento con la psicóloga con quien tu trabajabas y justo antes de marcharse a Brasil, Moira, le comentó que ibas a trabajar de secretaria con una tal Milena”.

—“Eso, es una tontería. Yo jamás vi a Miriam, recordaría su nombre”.

—“Miriam, no dio su nombre verdadero. Era actriz y le encantaba adoptar distintos nombres. Tú la conocías como Cristina, Crissy, para mayor exactitud”.

—“Dios mío, Crissy...” Marta retrocedió en el tiempo y le vino a la mente, la imagen de aquella chica tímida y asustada. El primer día, estaba aterrada y temblando, Moira, diagnosticó fobia a los pájaros. Crissy, se había dado cuenta de que necesitaba tratamiento, cuando un día fue incapaz de cruzar la plaza de Catalunya; la cantidad de palomas, que habían, le impedían seguir caminando, respirando. Se sintió desvanecer.

Al cabo de una semana, estaba en tratamiento

con Moira. Ahora comprendía porque aquella voz le resultó tan familiar.

—“Sí, me acuerdo de Crissy. Dios mío, no sabía nada...”

—“Pues salió en todos los periódicos, Marta...”

—“Y, ¿qué es lo que Miriam quería decirme?”

—“Que te fueras de ahí, Marta”

—“¿De dónde?”

—“De la consulta de Milena. Esa mujer, no es quien tu crees”.

—“Perdona, pero creo que has visto muchas películas. Además, si Miriam murió hace unos meses, ¿por qué no me has llamado hasta ahora?”

—“Porque tenía miedo, Marta. Pero pensé que se lo debía a Miriam”.

Dicho esto, se interrumpió la conversación. Por el auricular, Marta, sólo escuchaba el prolongado zumbido, que se produce al descolgar el teléfono.

Se abrió la puerta. Milena volvía antes de lo previsto. Iba cargada con un montón de bolsas. “Hola Marta”, dijo, “¿qué te ocurre?, se diría que has visto un fantasma”.

—“No, nada...”

—“Anda, cuéntamelo...”

—“No es nada, Milena, en serio...”

Milena, empezó a destapar los paquetes...

—“Mira todo lo que he comprado. Un vestido para ti, pantalones para mí, botas...” Milena seguía destapando cajas y cajas.

—“Milena, ¿conoces a alguien que se llama Miriam?”

Pareció, que no le prestara la menor atención...

—“¿Marian?... pues no...”

—“¡Miriam!, no Marian, ¡Miriam!”, insistió Marta con voz airada.

—“No Marta, no conozco a nadie con ese nombre. Ni conozco, ni conocí, ni conoceré. ¿Qué perra te ha dado?” “Mira, Marta, que monada”, afirmó Milena, mientras abría la última caja.

Era un biquini negro y rojo...

—“¿A que es original?”, preguntó Milena...

Marta no respondió. Recordó que el rojo y el negro, eran los colores de Elegguá. La leyenda dice, que si siente feliz puede modificar el destino más adverso, pero si se siente ofendido, puede hundir a quien sea...

CAPÍTULO DIEZ

Al llegar a casa, Marta, arrancó con alborozo la hoja del día 31 de julio, siguiendo la costumbre que tenía desde muy pequeña, miró la frase que contenía el dorso de la misma: “vivirás momentos inolvidables, junto a nuevas amistades”. No pudo evitar esbozar una sonrisa, de hecho era cierto, al día siguiente, iba a culminar uno de sus sueños... Conocer Brasil. Todos sus miedos, temores y reticencias desaparecieron. Lo más importante en la vida de Marta, era viajar.

No podía creerlo. Mientras ultimaba sus maletas, llamó a su padre. Había quedado con él, que le dejaría a Ginger y Fred. Su madre, era tan despistada, que podía dejarlos sin comer.

Añadió a su maleta, un pequeño diccionario de portugués, la radio, la cámara de fotos y un carrete; no fuera a pasarle como en el último viaje, en el que cuando llegó a destino, se dio cuenta que no tenía ningún carrete. De todos modos,

normalmente era Juan quien hacía las fotos, así que... pocas fotos habría...

Durante aquellos meses, había intentado olvidar a Juan, trató de salir con otros chicos, pero fue imposible. Unos eran aburridos, otros estaban casados y la mayor parte sólo pretendían acostarse con ella, a la primera media hora.

Cerró las maletas y sus pensamientos. Había quedado con Montse, para cenar y despedirse; si se apresuraba, aun podía dejar a Ginger y Fred en casa de su padre.

Se dirigió a la avenida Gaudí, hacía ya tiempo que se había convertido en peatonal. Sólo podían circular los vecinos; antes, todo era ruido y coches, ahora, los niños podían jugar tranquilamente. Antes, sus padres vivían allí y eran felices o por lo menos eso creía ella, ahora solamente vivía su padre... Bueno su padre y Mercedes.

Cuando llegó al número de la calle, Merche —

como le gustaba que la llamaran—abrió la puerta.

—“Hola cariño, ¿cómo estás? Tu padre está en la terraza. Pasa por favor”.

Ni que fuera una invitada. Merche, la trataba siempre igual, se creía la dueña de todo, incluso de su padre.

A Marta no le importaba la edad de Merche, aunque se llevaba poco con ella, lo que sí le importaba, era su cabeza de chorlito. No llegaba a entender como su padre, se había unido a aquella mujer tan superficial y vacía. Quizá por sus pechos, que parecían no tener fin, aunque Marta, siempre pensó que eran de silicona.

A pesar de todo, la saludó tan cordialmente como fue capaz y se dirigió a la terraza. Allí estaba su padre, parecía que los años no pasaran para él; al igual que su madre, también se conservaba muy bien. Entre ambos, sólo existía una diferencia, al divorciarse su padre no pudo soportar la soledad y se unió a “esa cosa”. Su

madre, era más exigente, por el momento no tenía prisa alguna, por unirse a alguien. Además, en el fondo, Marta sabía que su madre seguía enamorada de su padre.

—“Hola Marta. Tu madre me ha dicho que te marchas a Brasil, ¿es cierto?...”

Eso era lo que más le gustaba de su padre, era directo, no se andaba por las ramas. Marta sonrió al tiempo que le besaba.

—“Así es. Estás bien informado. ¿Quieres que te traiga algo?” Marta se sentó junto a él.

—“Nada, sólo que vuelvas bien”. Su aspecto se ensombreció. Marta sabía que a su padre, Milena, no le caía bien y eso, que sólo la había visto una vez.

Ella cambió de tercio y empezó a hablar de los últimos estrenos de cine, Marta había heredado de él su pasión por el séptimo arte. Al cabo de un rato, Marta, después de charlar animadamente, miró el reloj y se levantó para despedirse.

—“Disculpa papá, he de irme. He quedado con Montse para cenar”.

—“Dale recuerdos de mi parte. ¿Le va todo bien?”

Marta sabía que lo preguntaba con auténtico interés. A su padre, Montse, siempre le gustó. “Muy bien”, le respondió, “tiene pareja estable y todo”.

Su padre no dijo nada, sabía que Marta estaba afectada por lo de Juan y prefirió no hacer comentarios

—“Buen viaje Marta...”

—“Gracias papá”.

—“¡Ah! Marta...”

—“¿Sí?”

—“Despídete de Merche, por favor...”

Por supuesto, que se despediría de aquel “encanto”. Buscó por la casa... aquel “dechado de

virtudes”, estaba delante del espejo maquillándose sus grandes ojos grisáceos, para su gusto, de “besugo”.

—“Adiós Merche. Te sienta muy bien esta sombra azul...”

—“¿Sí? ¿Tú crees?...”

Realmente, era tonta, no es que lo fingiera, pensó Marta, mientras salía de aquella casa después de despedirse. Sin su madre, aquello no parecía su casa...

Cogió el ascensor, salió a la calle y con paso raudo se dirigió hacia la pizzería, donde había quedado con Montse. Al llegar, la vio a través de los cristales del local...

—“Lo siento Montse”, dijo, “he tenido que llevar a Ginger y Fred a casa de mi padre”.

—“No te preocupes. Así he podido pedir a mi gusto. Cuatro Estaciones, ¿te va bien?”

—“Perfecto”. Mientras se sentaba, observó que

Montse estaba radiante.

—“Tengo que contarte algo Marta”.

—“Tú dirás. Debe ser algo muy grave, por lo circunspecta que te has puesto”.

Montse no puedo evitar soltar una carcajada.

—“No. No es nada grave”.

En aquel momento llegó el camarero, traía las pizzas y las bebidas. Se quedó embobado mirando a Montse. “Si supiera que no tiene nada que hacer”, pensó Marta.

—“Marina vendrá a vivir conmigo”, prosiguió Montse, mirando a Marta como buscando su aprobación.

—“Eso es formidable Montse. Me alegro muchísimo”.

Marta, lo dijo con total sinceridad. Sólo ella sabía lo que había sufrido. En el pasado, Mabel, una mujer casada, la utilizó y la abandonó sin

explicación. Ya le tocaba un poco de felicidad.

—“Es que tengo miedo. Bueno, miedo no, estoy asustada”.

—“Pero, ¿de qué? Marina es encantadora e inteligente, ¿qué más quieres?”

—“No sé. Me doy cuenta que la mayor parte de las parejas, son muy felices y cuando empiezan a convivir, se estropea la historia”.

—“Eso, Montse, son tonterías. No tiene nada que ver con el amor y con la vida en pareja, es un problema de madurez”.

—“Hay personas, que primero: no saben lo que quieren. Segundo: creen que siempre van a tener veinte años. Tercero: son inmaduros, sin la menor idea de lo que es la vida real. La vida, además de amor, sexo y amistad; es enfrentarse a las facturas, llegar a fin de mes, enfermedades, problemas, limpiar la casa, sinceridad, fidelidad...”

Marta, se paró en seco. ¿Estaba hablando para

Montse o para ella? ¿Hablabas de Marina o hablabas de Juan? Miró a los ojos de Montse, se conocían tanto... “Anda, ya verás, todo irá bien. Cuando vuelva, me invitáis a la inauguración de vuestro piso... Bueno, el estreno de las dos en el piso... ya no sé ni lo que digo...”

Después de cenar, dejó a Montse en un taxi, vivía en avenida Virgen de Montserrat y ya era muy tarde, para que volviera andando sola. Antes de que la luz verde del taxi se apagara, le dijo: “sabes, he tenido un mal sueño. Un mal presentimiento”.

—“Lo único que pasa Montse, es que estás nerviosa. Los sueños, sueños son”.

Y después de dos besos, sólo vio la mano de Montse agitándose tras el cristal del taxi... Su mano y sus hermosos ojos... Aquellos ojos, que nunca más volvería a ver...

CAPÍTULO ONCE

Marta llegó a casa un tanto mareada, el vino italiano siempre solía afectarla. Las maletas, ya estaban hechas, así que no tenía nada que hacer.

Se puso la tele. No hacían nada que mereciera la pena, recordó que Montse, antes de despedirse, le había dejado un vídeo. Miró el título de la película, Montse le había comentado que era de lesbianas: “Lianna”. Director: John Sayles.

Apagó la luz. Era la mejor manera de ver las películas, como en el cine. La historia trataba de una mujer, Lianna, casada con el que había sido su profesor. Tenía dos hijos, un niño y una niña. Un día, Lianna, conoce a una mujer, se enamora y lo abandona todo.

El final era triste, muy triste. Marta se sorprendió a sí misma, llorando desconsoladamente y en el fondo de su ser sabía, que no lloraba por la película.

—“Juan, ¿dónde estás?” Claro que podía llamarle, pero no le daba la gana. Al fin y al cabo, era él quien se había ido... Tal vez cuando volviera...

Se tomó un Rohipnol y se acostó. De rumor de fondo oyó a la pareja de recién casados, que vivían en el piso contiguo. Sus jadeos traspasaban la pared.

Uno de agosto, hacía un día espléndido. Marta estaba aun adormilada. Entreabrió sus ojos y miró el despertador. Se levantó apresuradamente. En aquella ocasión, no le costó Dios y ayuda, como solía sucederle. Definitivamente, necesitaba unas vacaciones.

Se tomó un par de cafés. Necesitaba estar bien despierta y el Rohipnol, la había dejado un poco en las nubes.

Un yogur, dos tostadas con mermelada y... ¡Oh no! ¡La nevera!

Llamó a su madre, le respondió la voz metálica

del contestador:

—“No estoy en casa, por favor deja tu mensaje o tu nombre o lo que quieras. No me gustan estos aparatos”.

Marta sonrió y después de la señal dejó un mensaje:

—“Mamá, me voy ya. Te llamaré. He dejado a Ginger y Fred con papá. ¿Podrías venir a regar las plantas? ¡Ah!.. Otra cosa. Ha quedado comida en la nevera, que puede estropearse. Cómetela a mi salud. ¡Y cuídate! Sal con Marlenne, —era su mejor amiga y había quedado viuda hacía poco—. Besos”.

Se vistió rápidamente. Estaba llegando tarde. Había quedado con Milena en el aeropuerto. Marcela estaría en Río de Janeiro esperándolas.

Miró el gas, las luces y cerró las persianas. Todo estaba en orden. Salió, cerró la puerta, pero volvió a abrirla de inmediato. Había olvidado su amuleto, que siempre llevaba consigo en los

viajes: Un trébol de cuatro hojas, plastificado, que le había dado su abuela poco antes de morir. Recordó sus palabras:

—“Llévalo siempre contigo, sobre todo si viajas fuera del país. Te protegerá de cualquier mal deseo o maleficio”. Sus dulces ojos azules, eran idénticos a los de Marta. Murió cuando ella era adolescente, meses antes de morir le había comentado, que la vida cansa y que sin su marido, no quería seguir aquí.

A partir de aquel día, Marta siempre llevó consigo el amuleto... Ahora sí, cogió las maletas y se dirigió rápidamente a la calle. Paró un taxi:

—“Al aeropuerto, por favor”. Marta estaba tranquila y feliz. Todo iba bien...

Al marchar tan deprisa, no había mirado el buzón y no pudo ver una carta dentro de él. Una carta de Juan.

Marta. Me estoy volviendo loco. Llevo días llamándote al trabajo. Como siempre tu

contestador no va bien y tú no te habrás dado ni cuenta, por eso no he podido llamarte a casa.

He llamado a diferentes horas, pero siempre se pone una mujer, Milena dijo llamarse, me aseguró que te daría mi mensaje. Al no recibir noticias tuyas, me he dado cuenta que no quieres ni verme.

Lo entiendo y me pongo en tu lugar. Perdóname. No puedo vivir sin ti. Y no son palabras, sin ti no le encuentro sentido a nada. No como, no duermo, parezco un cadáver andante.

Siquiera te encuentro en la Facultad. Creo merecer, que por lo menos me dejes hablar contigo. Mañana vendré a verte. Por favor, dame una segunda oportunidad.

Te quiero Marta. Juan.

P.D.: no te enfades con tu padre, él me dio el teléfono de Milena.

La carta, solamente se quedó dos días ahí. La madre de Marta, pasó a regar las plantas y al

marcharse recogió el correo. “Siempre es mejor sacar las cartas y despistar a los ladrones”, pensó María precavida. Guardó las cartas para cuando Marta regresara y tiró la publicidad.

Dos días antes, Marta estaba bajando del taxi que la condujo al aeropuerto. Milena, muy seria, le saludó.

—“Marta, que llegamos tarde”.

—“Lo siento Milena, me he dormido”.

Milena suavizó la expresión de su rostro. Marta tenía la impresión de que aquella mujer tenía dos caras, una de hombre y otra de mujer; dependía del perfil.

—“¿Alguna novedad?”, preguntó Milena, mientras sacaba los billetes del avión.

—“¿Fumadores o no fumadores?”, se intercaló la azafata del mostrador de embarque.

“Fumadores, por supuesto”, se adelantó Marta. Sabía que a Milena le encantaba fumar y no

cigarrillos. Puros. Una de sus especialidades en videncia, era la lectura de las cenizas del puro, utilizada en la santería. A medida que éste se fumaba, procurando mantener la ceniza sin caer, el fuego y la ceniza iban formando imágenes, que marcaban el destino del consultante. Figuras y figuras que iban transmitiendo información. La imagen de un clavo, por ejemplo, indicaba infidelidad, etc...

—“Pues no Milena, ninguna novedad”, apuntó Marta mientras avanzaban hacia la puerta de embarque. “Bueno, sí... mi amiga Montse ira a vivir con Marina y yo... he estado pensando...”

—“¿Qué has estado pensando?”

—“Que cuando vuelva, llamaré a Juan. Con el orgullo, no se va a ninguna parte... y le necesito”.

Milena, pareció disgustada.

—“¿Qué piensas? ¿Qué pasa?”, preguntó Marta.

—“Nada Marta, me parece muy bien, pero

ahora, olvídale todo. Estamos tu, yo y nadie más. ¿De acuerdo?” Sus largas uñas, pintadas de negro, jugaron con el escote de Marta.

—“De acuerdo Milena. Estamos de vacaciones”. Un escozor, como si se hubiera quemado, recorrió su pecho...

CAPÍTULO DOCE

El avión despegó. Una azafata con el distintivo de Varig, la compañía de las líneas aéreas de Brasil, empezó a explicar donde se hallaban las salidas de emergencia y como se usaban los salvavidas...

Pero Marta, no la escuchaba, siquiera la veía. Estaba tan ilusionada, que su corazón latía con fuerza...

Había viajado bastante. Su primer viaje, fue a Egipto y a partir de ahí, Marruecos, Inglaterra, Holanda, Suiza, Alemania, Yugoslavia, Francia, Portugal, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia..., pero su sueño siempre había sido Brasil.

Había oído decir, que aquellos que creen en la reencarnación, tienen la teoría de que nos atraen los países donde hemos vivido en otras existencias. Si era verdad, ella había nacido en Brasil.

Miró a Milena, estaba ocupada escribiendo. La

dejó tranquila, había aprendido a conocerla. Cuando estaba ocupada, era mejor no molestarla.

Se puso a leer un libro que le había prestado Manuela. Esa chica, cada día le caía mejor. Aunque su hora de marchar de la consulta era a las ocho, muchos días se quedaba un rato más, para hablar con ella. A la vuelta, habían quedado para ir al cine juntas.

Era un libro de Stephen King, “Carrie”. Había visto la película, interpretada por Sissy Spacek, pero no había leído el libro. Trataba de una chica con poderes de telequinesis, Carrie tenía la fuerza de la mente con capacidad para mover objetos.

Solamente interrumpió la lectura, cuando servían la comida. Por cierto, se sorprendió, sirvieron carne de buena calidad, bien cocinada y lo más importante con cubiertos metálicos. En todas las compañías que conocía Marta, los ponían de plástico, quizá porque nunca había viajado en primera.

Al bajar del avión, Marcela estaba esperándolas con el coche, en el aeropuerto. Desde ahí, las llevaría al hotel. Al llegar al mismo, Marta se quedó sin aliento. No había visto algo así ni en Venecia. Era un hotel inmenso. Una escalera de mármol, conducía a la recepción. Todo aquello, parecía un sueño.

—“Tenemos una reserva a nombre de Milena Rovira”, dijo Milena, dirigiéndose al recepcionista.

—“Sí señorita, tienen la habitación 666”.

Milena cogió la llave y un botones se ocupó del equipaje.

Marcela se despidió y nos dejó junto al ascensor. Nos veríamos por la noche.

Cuando el botones abrió la habitación, Marta se sorprendió. Era una habitación de matrimonio. No le gustó nada la idea, pero tampoco quiso decir nada delante del botones.

Y después tampoco... Estaban de vacaciones.

—“Voy a ducharme, Milena”.

—“De acuerdo. Cuando estés nos vamos. Yo, me ducharé por la noche”.

El agua fría, le desentumeció los músculos. Estaba en Brasil. No podía creerlo...

De repente, le pareció oír un ruido. Aunque tenía la cortina corrida, le pareció que la observaban... “Tonterías”, pensó, “la película Psicosis, nos afectó a todos...”

Milena y Marta, salieron del hotel.

Después de descender por la escalera de mármol, Marta se encontró frente a frente con Río de Janeiro. Tal vez la ciudad más carismática del mundo.

Milena, mientras recorrían las amplias avenidas con el coche que habían alquilado, le explicó que el nombre completo de la ciudad era São Sebastião do Rio de Janeiro, —San Sebastián del

Río de Enero—. Cuando los portugueses echaron el ancla el 20 de enero de 1.500, al pie del Pão de Açúcar, —Pan de Azúcar—, para arrojar a los franceses, creyeron que las aguas de la bahía, eran una desembocadura fluvial. Llamaron al supuesto río por el nombre del mes que en aquel momento lucía en el calendario. El Pan de Azúcar era el símbolo de la ciudad. El emblemático cerro, se alzaba orgulloso 395 m. sobre el nivel del mar.

Bajaron del coche y siguieron recorriendo a pie la ciudad. Fueron a la playa de Copacabana. Marta, jamás había visto mujeres tan bellas. Hombres y mujeres, parecían llevar el ritmo en la sangre... y una sonrisa permanente. La gente era encantadora.

Por la tarde fueron a ver, según Milena, la mejor panorámica de Río, “El Corcovado”. La montaña tiene 700 metros de altitud, en la cima está el mirador con la colosal estatua de Jesucristo, de 25 metros de altura. Desde allí pudieron ver una increíble perspectiva de la ciudad, con sus excepcionales playas de fina arena, Copacabana,

Flamengo, Ipanema, Botafogo... y disfrutaron del paseo por la excepcional reserva botánica, provista, según dicen de más de mil especies y de un sinfín de pájaros tropicales de hermosos colores.

—“¿Te gusta Marta?”

—“Me encanta. Es aún mejor de lo que había imaginado...” Hacía meses, que Marta no se sentía tan relajada y feliz...

Empezaba a anochecer, cuando llegaron a la bahía de Guanabara, majestuoso frente a ellas, El Pão de Açúcar...

—¿Qué te parece?, inquirió Milena.

Marta, totalmente embargada por la emoción, fue incapaz de articular palabra...

Montaron en el teleférico, que les conduciría a la cima, en el trayecto Marta pudo ver la maravillosa Praia Vermelha, una cala menos conocida que las grandes playas de Río, pero no

por ello menos encantadora. Arriba, les esperaba Marcela con la mejor de sus sonrisas...

—“Si que os habéis puesto morenas”, afirmó divertida.

—“No te preocupes”, contestó agradable Marta, “nunca lo estaremos tanto como tú”. Se había propuesto ser amable con aquella chica...

—“Eso seguro”.

Marta miró fascinada, tal como había dicho Milena, la hora más hermosa de Río, es el anochecer, cuando las luces se van encendiendo como collares de perlas.

Al día siguiente, se dirigían a Manaus, capital del estado de Amazonas. Pasaron por Brasilia, la actual capital, una ciudad moderna y cosmopolita, aunque Marta pensó que era horrible y que podían haber dejado tranquila, la ciudad de Río, como capital. Solamente se salvaba como mucho, opinó Marta, la cúpula de la catedral...

Y llegaron a Manaos... Y llegaron donde Marta, quería, deseaba, anhelaba... Amazonia, la región natural más importante de América del Sur... El Amazonas..., la mayor selva tropical del mundo.

Un indio “suya”, la tribu autóctona de la Amazonia brasileña, amigo de Milena, les acompañó en el trayecto... Lo que Marta vio, no tenía nada que ver con los documentales, incluso con los que había visto en la segunda cadena, que eran maravillosos. Aquello, era real y ella, estaba allí..., viendo al caimán atrapando a los animales, que se acercaban sedientos, él les esperaba escondido, al acecho. A la boa arborícola esmeralda, estrujando a su presa, hasta matarla; su brillante piel verde, le permite pasar desapercibida entre el follaje y las ramas. Si no hubiera sido por las indicaciones de aquel hombre menudo, no hubieran podido contemplar todo aquello.

Y mucho cuidado al bañarte, le había dicho Milena, hay pirañas rojas. Atacan en grupo y con sus afilados dientes, pueden matarte y dar cuenta

de tu cuerpo en pocos minutos... No. Marta, no se bañaría...

Si mirabas hacia arriba, mientras el guía nos llevaba entre árboles inmensos y plantas enormes, podía verse a la arpía, la mayor y más fuerte de las águilas. Sus patas, que alcanzan el tamaño de una mano, terminan en unas afiladas garras, que impiden a su presa escapar, su velocidad de vuelo, alcanza los ochenta kilómetros por hora...

Pero bueno, Marta también vio animales divertidos como el perezoso, llamado así porque se cuelga de las ramas y puede llegar a permanecer en el mismo árbol, durante años; o el mono araña, un increíble acróbata, capaz de dar saltos de más de diez metros...

Marta miró obnubilada toda aquella belleza, en su corazón henchido de gozo, se unían dos sensaciones completamente opuestas, la pequeñez que sentía ante la magnificencia de la Naturaleza y la grandiosidad de pertenecer también a ella... En aquellos instantes, pensó que Dios, tenía que

existir...

Y mientras observaba al colibrí, suspendido en un punto fijo en el aire e iniciando a continuación un vuelo hacia atrás, se dio cuenta de que la vida era como la selva, había seres divertidos, amables y otros crueles y violentos... pero no buenos y malos. Todo era muy relativo... Además, Marta no creía en la maldad de animales, ni de hombres...

Pasaron diez días en la Amazonia. El amigo de Milena, por la noche, les contaba historias de su tribu y de otra tribu autóctona, los kayapo. Él estaba en el río Xingú y los kayapo en el Araguaia...

Él se enamoró de una india kayapo, sus padres no estaban de acuerdo y pusieron muchos obstáculos, pero al final el amor triunfó. Ella murió hace años, pero él sabe que ella está ahí, en los guacamayos gualdiazules, en los carpinchos, en los carabaos, en el pico de Bandeira, en los mangos e incluso en el aire...

Marta se entristeció. Sabía que cada año se destruían unos 30.000 Km.² De selva... Y con ellos, muchos sueños, muchas ilusiones..., naturaleza, vida... Quizá el filósofo francés Jean Jacques Rousseau, no tenía razón cuando dijo que el hombre no era malo, que era la sociedad la que le volvía malo.

Quizá Marta se equivocaba también y la maldad existía...

CAPÍTULO TRECE

Marta se despertó sobresaltada. Estaban durmiendo al aire libre y aunque Milena, había dicho que no existía peligro, un sonido la asustó.

Milena, se apercibió de ello y le dijo: “tranquila. Era un jaguar, hay muchos aquí”.

—“¡Ah!”, ironizó para sí misma Marta, “Total era un jaguar. ¿Por qué tendría que preocuparme?”

—“Ya que te has despertado y ha amanecido, me gustaría comentarte algo” inquirió Milena.

Ella se dispuso a escuchar con atención, por el tono que había puesto Milena, parecía tener algo importante que contarle.

—“Verás, me gustaría que fueras a ver a Moira a Belem en el delta del Amazonas. Necesito unos días para resolver unos asuntos y no puedes acompañarme. Lo siento”.

—“¿Marcela sí te acompañará?”, preguntó Marta con talante irónico.

—“Sí”, respondió lacónica Milena. Su serio semblante, no daba pie a la réplica.

—“Muy bien”, pensó. Eso sonaba a que se la querían sacar de encima. De acuerdo, iría a ver a Moira, no tenía otra alternativa... Además sería una oportunidad después de tanto tiempo... y tantas cosas...

Desde la isla Marajó, llamaron a Salus, el hospital de Moira. Vivía dentro del mismo, al parecer era inmenso.

Marcela, Milena y Marta, estaban esperando comunicar con Belem. Aparentemente Moira, había salido. En tanto esperaban, se entretuvieron observando a los numerosos carabaos, unos rumiantes parecidos a los búfalos, que habitan en la isla.

Por fin conectaron con ella. Se mostró contenta e ilusionada, aunque su voz sonaba un poco rara

cuando preguntó:

—“Marta, ¿ha ocurrido algo?”

—“¿Qué quieres que ocurra?” “Estoy en Brasil y me apetece verte. Aunque si no quieres, basta que lo digas”, afirmó sardónica Marta. ¿Qué debía pasarle a Moira?, pensó.

—“A mí también me gustaría. Que digo me gustaría, me encantaría. Me has de contar muchas cosas”.

Sí. Marta debía contarle muchas cosas... Cuando colgó, Milena se acercó a ella: “¿todo va bien?”, interrogó.

—“Sí, perfecto. Me espera en Salus dentro de dos horas. Puedo quedarme”.

—“Hey, no pongas esa cara”, dijo Milena rozándole la mejilla. Cuando te recojamos, iremos a las cataratas de Iguazú.

Recoger, ¿qué se creía Milena?, ¿qué era un carrito de la compra? “No. Dame la dirección

donde vais a estar y yo vendré a buscaros. Aunque no he viajado tanto como tú, no soy una niña y me he movido lo suficiente, como para encontraros sin problemas”, dijo Marta con dignidad.

Marcela, puso cara de disgusto. Parecía no agradarle la idea, pero Milena después de cierta vacilación, le dio la dirección:

—“Estaremos en un terreiro, entre la sierra de Plaví y Recife, cerca de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen”.

Marta puso cara de póker. Sabía que un terreiro eran fincas donde se realizan ritos y rituales de religiones como el candomblé.

—“Te dibujaré un mapa, tonta. Eso sí, y sobre todo hazme caso. Estamos en lunes, no quiero que vengas antes del domingo”, dijo Milena con aire de preocupación.

Durante las dos horas del trayecto, se mantuvieron en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos, a excepción de algún

comentario aislado sobre carreteras o direcciones... Por fin llegaron a Salus.

Milena, detuvo el coche para ayudar a Marta con las bolsas. Marcela bajó del asiento trasero, para sentarse al volante.

—“Ahora, conduciré yo. Tú estás cansada y te esperan días muy duros”, le dijo a Milena.

Marta sintió curiosidad ante las palabras de Marcela. ¿Qué iban a hacer estos días?, pero se limitó a decir:

—“¿No vais a entrar?, os presentaré a Moira”.

A pesar de estar frente a la puerta de Salus, Marcela y Milena, rehusaron la invitación...

—“Vamos justas de tiempo. Pásatelo bien Marta”, dijo justificándose Milena.

Marcela, añadió autoritaria: “recuerda Marta, no vengas antes de domingo”.

Se despidieron y Marta vio cómo se alejaban

levantando una gran polvareda. Cogió sus maletas y llamó al timbre situado al lado de la verja. Ésta, se abrió enseguida.

Marta pudo observar los inmensos jardines, que separaban la verja del edificio blanco al que debía dirigirse, situado justo en el centro, entre bellos estanques.

Paseando por el jardín, Marta pudo ver a enfermos vestidos de blanco; algunos hablaban solos, otros hacían gimnasia, algunos jugaban al fútbol... Y, además, muchos niños, estaba lleno, daban una gran alegría a todo aquel ambiente, que aun estando revestido de jardines, rosas rojas, estanques y césped recién cortado, no podía evitar ese aire aséptico y frío, que caracteriza a los hospitales.

Al llegar a la puerta del edificio, le abrió una mujer anciana, en cuyos rasgos se adivinaba una lejana belleza... pero de eso, debía hacer muchos, muchos años.

—“Hola, ¿qué desea?”, preguntó solícita la abuela.

—“Hola, me llamo Marta...” No pudo seguir. Aquella mujer se presentó como la abuela de Moira, la hizo sentar y le dijo, que su nieta estaría con ella inmediatamente...

Apareció enseguida. Parecía muy desmejorada y delgada. La abrazó con cariño y salieron a los jardines. Se sentaron en unas sillas, que estaban al sol.

Moira le explicó lo difícil, que le había resultado al principio llevar todo aquello, que su padre, que nunca había querido saber nada de ellas, —las abandonó cuando Moira contaba sólo dos años—, había aparecido de repente, luchando por la herencia. Y resumió:

—“La verdad, es que ha sido un infierno, pero ahora, todo va bien. La señora que te ha abierto, es mi abuela, me ha ayudado mucho”.

—“¿Y todos estos niños?”, se interesó Marta.

—“Son meninos e meninas de rua, niños abandonados a su suerte. Vagan por las calles y corren el riesgo de que les cojan para exportarlos o abusar de ellos”.

—“Se rumoreó también, que comerciaban con sus órganos. ¿No?” Marta lo dijo con reticencia. Aquel tema, le resultaba sumamente desagradable.

—“Eso no lo sé Marta. Son rumores, lo único que sé, es que mi madre cuando construyó este edificio para cuidar enfermos mentales, ya sabes que ella era doctora en psiquiatría, pensó que era tan grande, que podía ayudar a esos niños. Y yo así lo estoy haciendo. O por lo menos, lo intento”.

—“Pero bueno, no hablemos de mí. Cuéntame, ¿tu, cómo estás?”

Marta, se desahogó, se lo contó todo, Juan, Montse, Milena, todo su entorno... Hizo una auténtica catarsis. Al terminar, se sintió mejor.

Si no hubiera sido, porque en el fondo se lo estaba diciendo a sí misma en tono de victimismo,

habría percibido que el rostro de Moira se iba desencajando, quedando blanco...

Al terminar, Moira dijo entrecortadamente:

—“¿Milena... Rovira?”, su barbilla temblaba imperceptiblemente.

—“Sí, ¿qué pasa?”, asintió Marta, tal vez no le gustara el nombre...

—“Verdaderamente, no sabes quién es, ¿verdad?”, inquirió Moira.

—“Pero ¿qué dices?, es mi jefa, mi amiga. Explícate Moira, por favor”.

—“Milena Rovira, es Milena de Elegguá. Aquí en Brasil, es muy famosa aunque en España, no tienen ni idea de quien es en realidad”.

Un enfermo mental, se acercó con una rosa roja, que obsequió a Marta.

Marta, la cogió agradecida, respondiéndole con una sonrisa.

Moira, no sonreía...

CAPÍTULO CATORCE

—“Milena de Elegguá, es una bruja negra”, prosiguió Moira.

Marta se puso a reír. “Moira, perdona, pero creo que el ambiente de Brasil, te ha afectado. Ya sé que aquí, ponen patas de pollo y comida en los cementerios, pero de ahí a hablar de brujas...”

—“Haberlas, haylas, Marta”.

—“Sí, eso decía mi abuela. Pero ella, era de Galicia...”

Moira, no la dejó seguir. Acercó su silla a la de Marta y bajó el tono de voz. “Mira Marta, aquí en Brasil, existe un refrán que dice: o êxito do macumbeiro, és o medo do macumbado, lo que significa que el éxito del hechicero está en el miedo del hechizado. Pero a pesar de esto, te aseguro, que incluso los más escépticos temen a Milena. Escucha, Milena de Elegguá, es el nombre con que la bautizaron aquí, cuando contaba

dieciséis años”.

—“Antes, era Milena Rovira, por lo que se cuenta, una chica hermosa, que quería dedicarse a modelo. Todo iba bien para ella, hasta que sus padres se divorciaron. Su padre, volvió a casarse con una mujer odiosa”.

—“Milena, empezó a salir por las noches. A sus quince años, se iba por la mañana y muchas veces, no regresaba hasta el siguiente día”.

—“Un día, conoció en un bar a un hombre mayor que ella, José y se enamoró”.

—“Al cabo de cierto tiempo, quedó embarazada. Él, no quería el hijo, estaba casado y, además, era un alcohólico empedernido. La abandonó y Milena, casi enloqueció. Su madrastra le dijo, que perdiera el niño. Ella se negó rotundamente y acto seguido, se vino a Brasil, a casa de una amiga. Según le dijeron, allí se estudiaba estética y belleza. Pensó que guardaba cierta similitud con su antiguo sueño de ser

modelo”.

—“Pasó el tiempo y tuvo el niño. Era rubio, de ojos azules, guardaba gran parecido, con el que era su padre”.

—“Milena, era totalmente feliz con aquel niño, al que llamó Josué y decidió regresar a Barcelona con él”.

Marta, recordó la fotografía enmarcada en negro, de aquel niño rubio y de ojos azules, que había visto en la consulta de Milena. Era una carita tan dulce...

—“Pero cuando el niño, tenía seis años”, prosiguió Moira, “desapareció una noche de agosto. Milena buscó ayuda por todas partes, policía, amigos, incluso contrató a un detective, pero todo resulto en vano”.

—“Parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Nunca hasta hoy, se ha tenido pista alguna de su paradero”.

—“Vino nuevamente a Brasil y estuvo aquí ingresada. Mi madre la trató, por eso conozco su historia. Aunque salió por fin de su fuerte depresión, jamás volvió a ser la misma. Tenía dos personalidades”.

—“¿Esquizofrenia?”, preguntó Marta.

—“No lo sé Marta. Mi madre nunca consiguió tener claro el diagnóstico. La cuestión, es que trabó amistad con mi madre y le contaba todo lo que sucedía o hacía. Mi madre, guardaba un diario. Es curioso, pero en él sólo he encontrado párrafos referidos a Milena”.

—“Por aquel entonces, Milena no regresó a Barcelona y se introdujo en el candomblé. Dentro de esta religión, se hacen rituales del tipo vudú. El vudú a diferencia de lo que se suele contar en las películas, puede ser positivo o negativo. Ella, tal vez arrastrada por el rencor acumulado, se dedicó a lo negativo”.

—“Y, ¿en qué consiste el vudú negativo?”,

preguntó Marta, que aunque se imaginaba cual sería la respuesta, estaba demasiado estupefacta, para articular una pregunta más erudita.

—“Matar, hacer daño, perjudicar. Milena se especializó en trabajos de magia encaminados a matar a la gente. Su fama se extendió por todo Brasil, saltando fronteras, llegó incluso a Venezuela, Argentina, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú”.

—“Bien Moira, creo que está muy claro. Se creó una fama, para ganar dinero. Piensa que en Barcelona, se dedica a la videncia: tarot, cafetomancia, bola de cristal, y algunos métodos bastante desconocidos como runas, bucios, lectura del puro, dominó,... hasta cocos utiliza... y sinceramente si esto tiene que ver con su religión, cada uno tiene su propia fe. No por eso tiene que ser una bruja. Además, ¿no me dirás, que realmente crees en brujas? La única bruja que conozco es Samantha, la brujita que movía la nariz para conseguir las cosas...”

—“Pero también hay brujas malas, Marta”.

—“¡Anda ya! ¡La madrastra de Blancanieves! Por favor, Moira. Si te oyen tus enfermos, se largarán de aquí aunque sea en una jangada, como llamáis aquí a las barcas pesqueras”.

Se había ocultado el sol y empezó a refrescar, entraron entonces en el edificio. Mientras, Marta recordó, que quería contarle a Moira el tema de Miriam, la chica que murió y que llamaba los miércoles, pero pensó que era mejor hacerlo al día siguiente...

—“Bien Marta, ahora mi abuela, te enseñará tu habitación. Cenaremos a las ocho”.

Marta, llegó a su habitación. Era una estancia decorada en color rosa y repleta de espejos... En ellos, a Marta, le pareció ver el rostro de Milena. Sumida en sus pensamientos, se tumbó en la cama y sin darse cuenta, se quedó dormida.

Al rato, los gritos de los chiquillos, la despertaron. Miró el reloj y apresuradamente se

cambió la falda por unos vaqueros y bajó al comedor.

La mesa, era de un tamaño exagerado. En medio, seis candelabros. Unas camareras con cofia y unos camareros con esmoquin, seis en total. Y en la mesa, solamente estaban Moira y ella... Moira se había puesto un vestido de noche de color violeta... “Decididamente”, pensó Marta, “no me he vestido adecuadamente para la ocasión”.

Pero daba igual, Marta no llegó a los postres. Mientras comían un churrasco, demasiado picante para el gusto de Marta, Moira dijo:

—“Marta. Hay algo que debo contarte. Me está remordiando la conciencia desde que pasó y ya no puedo más. No sé ni cómo comenzar”.

—“Por el final, sin adornos ni florituras”. Sonrió con complicidad. Esta era la frase que Moira siempre usaba con ella.

—“Un día que tú no estabas en el despacho, fuiste a examinarte de Estadística, vino Juan a

buscarte. Se había equivocado, en lugar de ir a la Facultad, te vino a buscar al despacho”.

Sí, Marta, recordaba perfectamente aquel día. El examen, le fue fatal y para más inri, Juan no la recogió.

—“Una cosa llevó a la otra y sin darnos ni cuenta, ya estábamos juntos en la cama. Prometimos que nunca te diríamos nada. Nunca más volvió a ocurrir. Lo siento muchísimo Marta, mucho más de lo que puedas imaginar. Si pudiera borrar ese día...”

La estupefacción dio paso a la ira, la ira a la rabia, la rabia al odio y el odio al asco. Se levantó airada. Todo fue al suelo, platos, vasos...

—“¿Ese día también llevabas este vestido?”, preguntó Marta, presa de la indignación, mientras el churrasco iba manchando inexorablemente la moqueta.

Los camareros, no se atrevían ni a moverse. El idioma, no les facilitaba comprender lo que estaba

pasando... Vieron marcharse a Marta y vieron llorar a Moira mientras lo recogían todo en silencio...

CAPÍTULO QUINCE

Marta no supo cuánto tiempo estuvo llorando, una vez abandonó el edificio... Lo último que oyó, mientras cruzaba el dintel, fue la voz de Moira gritando:

—“¡Marta! ¡Ten mucho cuidado...!”

“¿Qué tuviera cuidado?, ¿de qué?, ¿de las víboras como ella?” Ahora lo entendía todo. Ahora, entendía porque Juan cambió tanto desde aquel día... Sí, recordaba muy bien ese día. Fue el final de su relación.

“Pero, ¿en qué estaba pensando Juan?, ¿en la película *Class*?, ¿confundió a Moira con Jacqueline Bisset?... ¿Llamarle? Ni pensarlo. Y Moira... Ya no existía...”

Mientras dejaba su pañuelo azul hecho un asco, se dirigió hacia las luces de una casa que vio en la lejanía. Ahí, no había nadie en cien kilómetros a la redonda. Ni taxis, ni nada y tenía que salir de

allí. Cogió sus cosas y se dirigió a la casa.

Al llegar, desesperada, llamó y le abrió una mujer con delantal, que no entendía nada de lo que le decía, pero que se preocupó por su aspecto... Se le notaba, que había estado llorando. La hizo pasar con un ademán y aviso al que parecía ser su marido.

Por suerte, el hombre sí hablaba español, a Marta le pareció mejicano.

—“Me gustaría ir a Recife”, dijo Marta, “tengo dinero y pagaría”. No deseo aprovecharme de nadie, pero necesito salir de aquí...” Estaba tan nerviosa, que no pudo evitar echarse a llorar delante de ellos.

—“No se preocupe, señorita. Yo la llevaré. Le cobraremos solamente la gasolina, pero antes, coma algo con nosotros”, dijo el hombre con amabilidad. Su mujer sin entender nada, sonreía.

En la mesa, había dispuesto toda una serie de manjares mejicanos: frijoles, burritos,

guacamoles... A Marta, le sentó bien aquella compañía...

Y aun le sentó mejor huir de allí. Cuando llegó a Recife suspiró con alivio; se despidió de Mariano, —así se llamaba aquel amable mejicano—, y se dirigió a un hotel. Necesitaba dormir.

Y durmió durante dos días. Y llegó el jueves, estuvo en la playa, intentando que el sol y el mar, la tranquilizaran.

El viernes visitó la iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

El sábado, pensó, que le iría bien ir al terreiro. Necesitaba calor humano en aquellos momentos, en que se sentía traicionada.

Pensó en todas las tontería, que le había dicho Moira. ¿Cómo podía hablar de aquella manera sobre Milena? Sintió náuseas.

Pidió en la recepción del hotel, que llamaran un taxi. El recepcionista, solícito, así lo hizo, al

tiempo que le advertía, que al pagar, vigilara el importe, pues los taxistas tenían tendencia a la coima, un pequeño timo a los extranjeros. Marta subió al taxi y le enseñó el mapa, que le había dibujado Milena.

—“Señorita lo siento, pero yo, no voy ahí...”, dijo el taxista.

—“¿Cómo que no va? Necesito ir allí, es urgente”.

Tal vez fue la expresión de desespero de Marta, lo que motivo al taxista a decirle:

—“De acuerdo, la llevaré, pero la dejaré un poco antes de llegar al terreiro”.

—“Está bien” dijo Marta, sin poder evitar pensar, que en aquellas tierras, tenían tendencia a complicarlo todo.

El viaje fue un interrogatorio, digno de la Gestapo. Un auténtico tercer grado.

—“¿Es usted casada?... ¿Viene a trabajar?... ¿Le

gusta Brasil?... ¿Qué estudia?...”

Marta intentaba ser amable, pero sus circunstancias se lo ponían difícil.

De repente el interrogatorio finalizó. El taxista le dijo con voz intranquila:

—“Señorita, hemos llegado. La tengo que dejar aquí, Debe seguir todo recto por este sendero. Es aquel edificio blanco, que se ve a lo lejos”.

Marta descendió del taxi y se dispuso a caminar hacia el lugar indicado, bajo un sol de justicia, por aquel empinado camino.

Llegó exhausta al recinto, sólo deseaba beber algo y descansar. Era un extenso terreno de arena y polvo. A lo lejos una pequeña casita, hecha con ladrillos blancos y rojos. A medida que se acercaba, distinguió sobre los mismos unas pintadas negras.

Únicamente las cabras, las gallinas y las ovejas, salieron a saludarla. El silencio era absoluto.

Nadie salió a recibirla.

Más aun, parecía que no hubiera nadie. Quizá por eso Milena, le había dicho que no se presentara antes del domingo.

Entró en la casita sorprendida por el extraño olor que percibía... Le pareció oír un ruido proveniente de la habitación del fondo y se dirigió hacia allí. Al tiempo interrogó:

—“¿Milena...?”

Un poco sobrecogida por el silencio, miró tras la puerta ligeramente entreabierta... Sus ojos se desorbitaron. No podía dar crédito a aquella visión. Era espeluznante...

Entre la penumbra de la pequeña habitación, pudo ver a Milena, tumbada en el suelo. Tenía la cabeza rapada y una serie de rasguños en ella, que parecían heridas. Alrededor de su cuerpo, sangre y animales muertos, especialmente gallinas, todos ellos en cierto estado de descomposición. El hedor era repulsivo...

—“Marcela, ¿eres tú?”, murmuró Milena.

Marta huyó despavorida. Corría como alma que lleva el diablo. Súbitamente una mano detuvo su frenética carrera.

—“¿Dónde vas?” Era Marcela, completamente desnuda y bañada en sangre...

CAPÍTULO DIECISÉIS

—“Shsssss...” Marcela, llevó su dedo índice frente a los labios, demandándole silencio. Con la otra mano le hizo un ademán indicándole que pasara a la sala del fondo del pasillo.

Aunque el primer impulso de Marta fue proseguir su huida, la curiosidad pudo más. Pensó que estaban pasando tantas cosas, que ya no venía de ahí.

—“Antes de que llegues a conclusiones equivocadas, quisiera que me escucharas”.

Marta, ya no llegaba a conclusión alguna. Ya no tenía capacidad de análisis ni de nada. Estaba absolutamente desbordada y cansada.

—“Veras Marta, por eso te advertimos de que no vinieras hasta mañana. Sabíamos que no lo comprenderías... Te lo explicaré. Luego, si quieres, puedes dormir un rato en la habitación contigua, se te ve cansada... ¿Ha ido bien con

Moira?”

—“Estupendo”. Respondió Marta escuetamente.

En aquel instante, Marcela, se dio cuenta de que iba sin ropa. Se puso una especie de quimono por encima y se sentó junto a ella.

Marta podía ver sangre seca, sobre la piel que el kimono dejaba al descubierto... Era repugnante. Vinieron a su mente las manchas rojas que había visto en el Tarot de Milena y al momento comprendió como estaban hechas... La habitación, empezó a darle vueltas... oía la voz de Marcela a lo lejos... muy lejos.

—“Eso sí, Marta. A Milena le diré que llegaste por la noche y te fuiste a dormir. Le contaré que te dije, que estaba indispuesta. ¿De acuerdo...?”

—“...Ss...Sí...”, acertó a balbucir Marta.

—“Verás. Milena, lo pasó muy mal. Perdió a dos personas a las que quería y se hundió. A los dieciséis años intentó suicidarse y casi lo

consigue. Estuvo en coma durante dos semanas, pensamos que nunca despertaría...”

—“Pero despertó. Parecía un vegetal, iba de aquí para allá, con los ojos extraviados. Se pasaba horas enteras mirando un punto fijo, quieta o balanceándose...”

—“Poco a poco se iba recuperando... Yo, pedí ayuda a Obatalá, el más poderoso de los orishás, que produce paz y armonía entre las personas. Es a quien se invoca cuando alguien debe librarse de influencias malignas”.

—“Y la ayudó. Milena, se convirtió a la religión candomblé. Yo me convertí en su madrina, lo que llamamos yubbona, fui la persona que se ocupó de su iniciación. Los elekes que lleva, que son los collares protectores que libran del mal, los confeccioné yo...”

—“Lo que has visto, podríamos llamarlo una suerte de confirmación del ritual de hacerse la cabeza, con el que en su día, una vez obtenidos los

collares, se consiguió que el orishá elegido se asentara en su cabeza y le confiriera poder...”

—“Sé que vosotros, no entendéis estos rituales, los veis como algo primitivo y obscuro, pero créeme Marta, si no hubiera sido por todo esto, Milena estaría muerta...”

Marta se atrevió a preguntar lo que deseaba desde hacía días:

—“¿Por qué Milena se llama de Elegguá?”

—“Elegguá, es su orishá. Su... Ángel de la Guarda, para que me entiendas...”

—“Y ¿Elegguá, es malo?”

—“No. En su sincretismo cristiano, es como si fuera el Santo Niño de Atocha...”

—“Pero por lo que he leído en antropología, Elegguá, posee una dualidad anímica de forma que si se siente feliz y es propicio, puede cambiar el destino favorablemente, pero que si se le ofende, puede destruir todo lo que se le ponga por

delante”, replicó Marta, mostrando que no era tan analfabeta en estos temas.

—“Marta, si lo que me estás preguntando, es si Milena puede hacer daño, mi respuesta es no. Es la mejor persona que he conocido...”

—“¿Y los animales muertos?”

—“Son sacrificios para el dios, cabras, ratones y pollos negros”.

—“¿Y personas?”

—“Marta, por favor, no somos salvajes. Que no tengamos tu religión, no significa que nuestras creencias sean mejores o peores que las vuestras. Todo es cuestión de fe. Es una religión buena, positiva, lo que sucede es que a su alrededor, se han generado muchas leyendas”.

Marta ponía cara de incredulidad.

—“Ve a descansar Marta. Mañana verás las cosas más claras... Habrá una fiesta, le diré a Milena, que te deje ir, que será bueno para tus

estudios de antropología. Es a las doce de la noche...”

—“¿A la hora de las brujas?” Marta empezaba a recuperar su habitual humor.

—¡Marta...!

—“Me voy a descansar Marcela. Te prometo, que no puedo más...”

Sin despedirse, se dirigió a la habitación, que le había indicado Marcela.

—“Hasta mañana Marta. Y por favor, no hagas ruido...”

Marta entró en la habitación. Todas las puertas, estaban repletas de restos de sangre... La cama, por lo menos, estaba limpia. Se acostó sin pensárselo más. Le empezó a invadir un sopor en el cual parecían cobrar vida las Siete Potencias Africanas. Olodumare, padre de todos los dioses fue el primero, detrás fueron desfilando los otros siete orishás. Tras Obatalá llegó Elegguá, después

Yemanyá. A continuación el dios de la sensualidad, Changó, el de la guerra, Oggún, el de la videncia, Orunmila y por último Oshún, el del amor y del matrimonio

Entre la vigilia y el sueño, oyó una voz o al menos eso le pareció. Debía ser en sueños, cuando esta voz le murmuró:

—“...Marta, te quiero... No tengas miedo...” El susurro, le pareció ser la voz de Milena.

Marta cayó en un profundo sueño...

CAPÍTULO DIECISIETE

Los tambores sonaban fuertemente, frenéticamente, en el terreiro. Brasileños en estado completamente eufórico, cantaban de forma repetitiva e insistente algo, que a Marta se le antojaron lamentos.

Mujeres vestidas de blanco, bailaban a ritmo sincopado, alrededor de una joven...

Al rato, la joven parecía estar en pleno ataque epiléptico. Como posesa, cogió un pollo negro que le entregaron. De un tajo certero, le cortó el cuello de cuajo y roció su desnudo cuerpo con la sangre, que fluía a borbotones...

Siguieron bailando. Parecían totalmente en trance. Tal vez sería debido a una bebida blanca que se iban pasando incesantemente entre todos ellos.

Marta había llegado tarde a la fiesta. Estuvo dudando asistir, hasta el último momento. Se

mantuvo en un segundo plano, observando todo aquello.

Después del baile, que duró horas, Milena, que actuaba de oficiante en aquel güermilere, la fiesta en honor de Yemanyá, levantó sus brazos al cielo y en una lengua extraña, pronunció: “Olodumare ni na orun ati ni na ilé”, que por lo que Marta sabía, significaba más o menos “Dios, manda en el cielo y en la Tierra”. A continuación, todos, se dirigieron hacia la imagen de Yemanyá. El color azul del vestido de la diosa, contrastaba con su larga cabellera negra, y con los vestidos blancos de las mujeres que la rodeaban.

Oraban y le ofrecían carnero, pescado, palomas y ekru, un tamal hecho con frijoles de carita. Alrededor de la imagen, estaba lleno de melones de agua. Uno de los hombres que antes tocaban el tambor, cogió un machete y fue cortando en dos todos los melones.

La joven que antes tenía un gallo muerto en sus manos, trajo un pato vivo. El animal chillaba y

trataba en vano de desasirse. Milena, impasible, le cortó el pescuezo y lo ofreció a Yemanyá. Al cabo de media hora acabó de desangrarse.

Marta, con tristeza, se acordó del Pato Lucas, del Pato Donald, de los patos que tranquilos, nadaban en el estanque de la Sagrada Familia...

Y se acordó de su madre. De las noches en que había tenido pesadillas y ella, había ido a tranquilizarla... Pero ya no era pequeña y su madre, estaba muy lejos... Sin darse ni cuenta, sumida en sus reflexiones, se quedó adormilada... Cuando despertó, vio frente a sus ojos un melado de caña, que era una especie de jarabe de jugo de caña y alrededor algo negro... No podía discernir que eran, parecía que se movieran... Eran muchas... levantó la vista y vio los ojos de aquella deidad. Entonces aplastó una sin querer, aquello eran... eran innumerables cucarachas, el manjar predilecto de Yemanyá... La luz de la luna, reflejó lo que a Marta le pareció la boca de Yemanyá, devorando una cucaracha...

El asco, la repugnancia, vencieron a Marta, que cayó desvanecida...

El fuerte aroma de un frasco de sales, que Marcela acercó a su nariz, le devolvió ligeramente la conciencia... había perdido la noción del tiempo, pero observó sorprendida, que en el terreiro, no quedaba ninguna cucaracha...

CAPÍTULO DIECIOCHO

—“Anda, despierta perezosa...” Marcela, corrió las cortinas de la ventana, dejando entrar la luz.

Cuando Marta abrió los ojos, vio a Milena...

—“Hola Marta. Vístete de prisa. El camino es largo. Una promesa es una promesa, nos vamos a Iguazú...”

Si a Marta la pinchan en aquel momento, no le sacan sangre. No cabía en sí de extrañeza. Ambas hablaban como si el día anterior, lo hubieran pasado en un salón de té.

Se vistió de negro. Tardaría mucho en volver a vestir de blanco...

Salió fuera sin desayunar, su estómago tenía espasmos musculares. Ya tomaría un café por el camino o cuando llegaran.

Marcela y Milena, la esperaban sentadas en un

todoterreno. Durante el viaje, no se habló de Moira, ni de Yemanyá, tampoco de lo que Milena hizo tumbada en aquella habitación... Se habló de famosos, de Sonia Braga y de su romance con Robert Redford...

Pero Marta, no estaba pensando en Robert Redford, pensaba en lo que escondía Milena tras esa peluca...

Casi se olvidó de todo al llegar a las cataratas de Iguazú. Dejaron el vehículo en una zona de aparcamiento situada al inicio del circuito, que bordea los numerosos saltos de agua precedentes a las dos cataratas principales. A mano izquierda un hotel de estilo colonial, con la fachada color salmón, que cincelaba un todo bastante armónico con la gama de verdes tropicales que le servían de telón de fondo. A la derecha, en una pequeña explanada medio escondida por la vegetación, se vislumbraban las aspas de un helicóptero. Era de agradecer esta ubicación, para evitar afear el espectáculo que generosamente se ofrecía a sus ojos.

Milena comentó que al concluir el circuito a pie, darían una vuelta en él, para disfrutar de la vista aérea.

El ruido del agua al caer, era atronador. El paisaje era una auténtica poesía de la Naturaleza, que regalaba todos sus sentidos...

Empezaron a hacer camino. Milena, mientras iban viendo todo aquello, le explicaba que una de las dos cataratas principales, había erosionado la pared del salto hasta horadarla en forma de gigantesca herradura.

Al llegar ante el impresionante salto, Milena extendió el índice de su mano derecha hacia lo alto y le dijo a Marta:

—“Fíjate. Cuando los rayos de sol se refractan en la espuma del agua, en la Garganta del Diablo, se forma el Arco Iris...”

Marta estaba atónita. Jamás habría sido capaz de imaginar algo así. Se emborrachó de belleza, aquello era una maravilla tropical. Con razón se

conocía el lugar como una de las maravillas del mundo.

Estuvieron casi todo el día recorriendo los senderos del parque natural, hasta que sin sentir el tiempo, se encontraron frente a frente con el helicóptero. Milena pagó con un montón de cruzados, comentó que al cambio eran como unas seiscientas pesetas y subieron en él.

El panorama desde el aire, si cabe, era aún mayor que el que hasta entonces había podido apreciar. Al sobrevolar la Garganta del Diablo, Marta tuvo la sensación de integrarse plenamente en aquel sempiterno Arco Iris, formado por el beso de los rayos solares en las infinitas y minúsculas partículas de agua convertidas en mágicos prismas, que configuraban aquella nube de espuma.

Aunque la belleza del paisaje, había llenado de júbilo el entristecido pecho de Marta, ésta, deseaba volver... Deseaba volver a Barcelona. A su cama, a su casa, con sus seres queridos, sus

peces, sus plantas, sus raíces...

—“Milena”, comentó al poner los pies en tierra firme, “creo que quiero volver ya...”

Milena, aún estaba fascinada observando el retablo, que configuraba aquel paisaje. Marta, no esperaba en absoluto la respuesta que dio, más bien esperaba todo lo contrario. Milena, era una auténtica caja de sorpresas.

—“Nosotras también, no te preocupes. Ya hemos hecho todo lo que queríamos hacer...”

—“¿Marcela viene también?”, preguntó Marta sorprendida.

—“Sí. Estará unos meses con nosotras, hasta Fin de Año. En Radio Nacional, me han pedido que explique costumbres y rituales de Brasil. Ella me ayudará”

“Lo que faltaba”, pensó Marta... De repente, un gato pasó por sus pies. “¿Qué hacía en aquel lugar?”

—“Por cierto Milena, cuando nos fuimos, te iba a preguntar dónde dejarías a Ashé, pero luego me olvidé”.

—“¡Ah! Está en buenas manos, está con José”
Dicho esto, se acercó a Marcela, que estaba haciendo fotografías, para comentarle lo de la vuelta a casa.

Marta mientras hacía su última foto pensó, que algo no encajaba en la historia. ¿Cómo podía haberle dejado el gato al hombre que la dejó embarazada y después la abandonó? ¿Estaría aun casado?... Quizá cuando le conociera, entendería mejor el episodio... Quizá cuando volviera a Barcelona, entendería algo...

—“Marta, ya he hablado con Marcela y está de acuerdo. Ahora, iremos a descansar a Foz do Iguaçu”

Aunque el trayecto era muy corto, Marta, no pudo evitar dormirse mientras Milena conducía. Soñó... soñó con una cucaracha gigante con cabeza

de gallo, por encima de ella, los ojos de Milena... Se despertó con un alarido...

—“¿Una pesadilla?”, se interesó Marcela.

—“Eso espero” respondió Marta. En aquellos momentos recordó, que Montse había sufrido una pesadilla, que le quiso contar y ella, no la escuchó... Un escalofrío recorrió milímetro a milímetro todo su ser.

Foz do Iguaçu, era una pequeña ciudad, tranquila, con niños correteando por doquier. Llegaron al hotel y Milena pidió tres habitaciones individuales.

“Menos mal”, suspiró Marta.

No quiso ni cenar. Marcela y Milena, se despidieron de ella y fueron al comedor del hotel. Marta, se durmió enseguida.

Al amanecer, se despertó sobresaltada, cuando la cucaracha del sueño empezaba a devorarla... su cuerpo se encontraba empapado de sudor...

Se levantó para beber un poco de agua y se dio cuenta que bajo la puerta había un papel, escrito a máquina, sin firma.

Marta se extrañó al recogerlo. ¿Un poema de Cernuda en Brasil? Sus ojos medio cerrados leyeron el texto:

“Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor por el
cielo
como una nube en la luz;
si como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio,
pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo
la verdad de su amor,
la verdad de sí mismo,

que no se llama gloria, fortuna o ambición,
sino amor o deseo,
yo sería aquel que imaginaba;
aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
proclama ante los hombres la verdad ignorada,
la verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad
de estar preso en alguien

cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;

alguien por quien el día y la noche son para mí
lo

que quiera

y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo

y espíritu

como leños perdidos que el mar anega o levanta

libremente, con la libertad del amor,
la única libertad que me exalta,
la única libertad porque muero.
Tú justificarás mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero, porque no
he vivido”.

Marta conocía aquellos versos, pertenecían a los Placeres Prohibidos. Cernuda fue uno de los poetas que más admiró en su adolescencia.

Era un poeta valiente. Valiente en el ámbito político y en el personal.

Sí. Marta conocía a Cernuda, lo que no sabía es quien le habría echado esa carta por debajo de la puerta.

Aunque el olor, que la nota desprendía, le resultaba familiar...

CAPÍTULO DIECINUEVE

Por la mañana Marta, no probó el desayuno. Se limitó a tomar café.

Lo único que ansiaba era tomar el avión y regresar a Barcelona.

Se palpaba la tensión en el ambiente. Milena intentaba hablar de nimiedades, al igual que Marcela, pero no sacaban a Marta de su ofuscación. Mientras agitaba su café, Marta sólo pensaba en una cosa: Al llegar a Barcelona, buscaría otro trabajo.

Llegaron al aeropuerto y Marta sintió una profunda tristeza. Había puesto tanta ilusión en aquel viaje, que ahora le parecía todo un cristal hecho añicos. El viaje se le había hecho interminable. El cariño, que había sentido por Milena, se había transformado en repugnancia y en cuanto a Marcela, sentía la misma indiferencia, que sintió al conocerla.

A bordo del avión, las pocas palabras que intercambió, fundamentalmente con Milena, fueron para decirle, que al llegar al aeropuerto de Barcelona, su madre la estaría esperando, puesto que tenían un familiar enfermo y debían visitarle en el hospital. Todo ello, era una fabulación de la que su madre era cómplice, pues se lo había pedido por teléfono, desde el hotel.

Eso le daría también una semana de tiempo, ya que puestos a inventar merecía la pena hacerlo bien, le dijo a Milena, que a esta persona le quedaban pocos días de vida y que necesitaba ayudar a su madre. Marta pensaba que en una semana, podría encontrar otro trabajo.

La voz del sobrecargo por la megafonía, ponía por fin conclusión a aquella pesadilla:

—“Señores pasajeros, pueden desabrocharse los cinturones. Hemos tomado tierra en el aeropuerto del Prat, en Barcelona”.

Barcelona. Nunca esta palabra, le había

parecida tan dulce como al escucharla en la voz del sobrecargo.

Descendieron del avión y el autobús las condujo al edificio terminal. Cogieron un carro cada una y se acercaron a la cinta transportadora, que debía devolverles sus equipajes. Habían pasado unos minutos, que a Marta le parecieron eternos, cuando la cinta empezó a rugir y su boca comenzó a arrojar los equipajes. La casualidad jugó en favor de Marta, todo su equipaje, apareció casi de inmediato. Sabía que por cortesía debía esperarlas, pero aun y así, se acercó a ellas, se despidió y dijo: “hasta la semana próxima”, en un tono totalmente glacial.

Enfiló hacia la salida empujando su carro, buscó la puerta que indicaba pasajeros sin nada a declarar. Estuvo de suerte, no la entretuvieron, le sellaron su pasaporte y salió apresuradamente.

Su madre aguardaba en el vestíbulo. Cuando Marta la vio tuvo la extraña sensación, de que todo lo que dejaba atrás, era algo irreal... un mal

sueño... Lo único real era esa mujer, que la estaba abrazando llena de alegría.

—“Hola cariño. ¿Cómo ha ido el viaje?”, se interesó solícitamente.

—“Muy bien mamá. Tengo mucho que contarte...”

Como es lógico, sólo le contaría sobre paisaje, turismo y comida. No quería preocuparla. Aunque si Marta no hubiera estado tan absorta en sus pensamientos, habría detectado el aire de profunda preocupación que emanaba de su madre.

Se dio cuenta en el taxi, que les conducía a casa, pero pensó que tal vez habría tenido alguna discusión con su padre y por ello le preguntó:

—“¿Ha pasado algo con papá...?”

—“No. Que va... Bueno, en realidad le vi anteayer. Debíamos ir a un lugar, pero no pasó nada”.

—“¿A qué lugar? ¿Más abogados?”, dijo Marta

sonriendo.

María, no respondió, sus manos temblaron al coger el monedero.

—“Ya puede parar aquí mismo, por favor”, ordenó al taxista.

—“¿No íbamos primero a mi casa, mamá?”

—“No, Marta. Te vas a quedar unos días en casa”.

—“¿Por qué?”

María, no respondió. Al bajar del taxi, Marta, pudo ver como lloraba en silencio. Desde el divorcio, no la había vuelto a ver así... Mientras subían en el ascensor, su madre le acarició el cabello, como hacía cuando era pequeña.

Al abrir el piso, Marta, cogió las maletas para dirigirse al cuarto en que dormía, cuando se quedaba en casa de su madre. La casa era inmensa, herencia de su abuela, demasiado grande para una mujer sola, y para el gusto de Marta, con una

decoración excesivamente recargada.

—“Marta, mientras deshaces las maletas voy a preparar un poco de tila...”

—“¿Tila?”, se extrañó Marta. ¡Pero si su madre odiaba las infusiones! De todos modos pensó, que era mejor no decir nada. Fue doblando y colgando ropa, al rato se dirigió al comedor. Su madre estaba allí sentada, rígida, como si el tiempo se hubiera detenido. Una sonrisa falseada, Marta sabía que era falsa, apareció en su rostro... En la mesa, dos tilas... y una carta...

—“Marta, antes que nada, me gustaría que leyeras esta carta, yo no la he abierto. Iré un momento a la cocina, mientras la lees...”

Marta reconoció enseguida la letra de Juan... rasgó el sobre y leyó rápidamente la carta. Antes de que pudiera reaccionar, su madre había vuelto y estaba sentada tomando una de las tilas.

—“Verás Marta, tal vez debía haberte dado la carta después, pero... no sé, quería que supieras

que Juan te quería...” María rompió a llorar.

Marta no entendía nada. ¿Qué estaba pasando?... “Mamá ¿pero qué pasa?”, preguntó Marta terriblemente preocupada.

—“Escucha Marta. El día que te fuiste, Juan fue a tu casa, como no contestabas sus llamadas decidió ir a verte personalmente. No te encontró y no sabía qué hacer. Llamó a Montse y quedaron en verse. Juan quería que Montse le explicara un poco, como estaba la situación...”

—“Cogieron el coche para ir a comer fuera; sabes que Montse adoraba la playa, se dirigían a Calella de Palafrugell... No se sabe cómo, salieron de la carretera y cayeron por un precipicio...”

Marta ya no oía nada. Su madre lloraba y hablaba a la vez. Trataba de calmarse, pero cada vez se ponía más nerviosa. Al final María, dijo lo que Marta no quería oír:

—“Han muerto Marta. Juan y Montse han muerto...”

De repente, como si el cielo se hubiera también entristecido, se puso a llover...

CAPÍTULO VEINTE

Llovió tempestuosamente durante una semana. Desde hacía años, en Barcelona, no llovía así.

Marta, llevaba cinco días en cama, mirando las paredes, mirando los cristales, mirando a su madre, que con cualquier pretexto entraba en la habitación, para que saliera, tomara algo o viera la tele... Pero Marta, no podía moverse, ni tomar nada.

Al sexto día María, cosa extraña en ella, entró sin llamar en la habitación.

—“Tienes visita cariño”. Dejó la puerta abierta.

Era Marina, o mejor, lo que quedaba de ella... Resultaba difícil reconocer a la top model mejor pagada de España, tras esas oscuras ojeras... Con el pelo recogido y sin maquillar, parecía una niña desvalida...

Durante largo rato estuvieron dándose la mano,

sin hablar. Entendían lo que sentía cada una, no necesitaban decir nada...

Su madre irrumpió en la habitación, esta vez sí llamó...

—“Os he traído algo para picar. A ver si engordáis...”

Coca Cola, patatas fritas, olivas, berberechos... Su madre, ya no sabía que darle para que comiera...

Cuando María abandonó la estancia, Marina se dirigió a Marta, con gran dulzura:

—“Marta, no puedes seguir así. Ellos no querrían esto. Tienes que volver a trabajar, estudiar, vivir. Nosotras, estamos aquí y algún día, iremos a otra dimensión o donde estén ellos, pero entre tanto, hemos de vivir...”

Mientras la escuchaba, comprendió porque Montse había querido tanto a aquella chiquilla... Hablaron de ella, hablaron de él, lloraron, rieron,

y al cabo de unas horas volvieron a sentirse vivas... María, lo percibió al volver a entrar con otra excusa.

Llegó la noche y con ella, lo que Marina había venido a decirle:

—“Me voy a Nueva York. Mañana cojo el avión..., nada me retiene aquí”.

—“Te echaré de menos”.

—“Ahí siempre tendrás tu casa, Marta. Viviré en Manhattan”.

—“¿Cómo Woody Allen?”

—“Como Woody Allen”.

Marina sonrió con tristeza. Le anotó la dirección y se la dio al tiempo que besaba su mejilla...

—“Cuídate Marta. Te escribiré”.

Mientras marchaba, Marta la llamó:

—“Marina, ¿me haces un favor?”

—“Lo que quieras Marta”.

—“Si ves a Robert Redford, dile que tiene una admiradora, que le invita a ver la Sagrada Familia”.

—“Se lo diré, cariño”.

Marina, se alejó sonriendo. Oyó que se despedía de su madre... Marta se levantó, se vistió, se maquilló y le sonrió al espejo...

Marta no sabía, que debería pasar mucho tiempo para ver nuevamente a Marina... No la vería hasta su boda...

Aquella noche comió por fin con apetito. Su madre, le había preparado sus platos favoritos: aguacates con gambas, Trucha a la navarra y pastel de manzana...

Al día siguiente fueron al parque de atracciones del Tibidabo, su madre había tenido la idea:

—“Como mañana vas a empezar a trabajar, te irá bien distraerte”, le había dicho.

Subieron a la Noria, al Barco Vikingo, al Huracán... entraron en el Castillo del Terror... Por unas horas, olvidó todo lo ocurrido.

Quizá le iría bien volver a trabajar. Debido al accidente, Marta había olvidado muchas cosas, incluso buscar un nuevo trabajo.

Cuando volvieron del Tibidabo, al atardecer de aquel domingo, Marta fue a su casa. Su padre, por la noche, iría a cenar con ella y le traería a Ginger y Fred; iría sin Merche...

Al no haber podido localizarla a ella, sus padres, habían ido al entierro de Juan... Nunca podría agradecerse bastante... Deseaba ver también a su padre y éste había tenido la gentileza de acudir solo...

Al día siguiente, volvió la rutina del teléfono, de la puerta, de las visitas. No le contó nada a Milena, no quiso darle importancia a muchas cosas. Si lo hubiera hecho, le habría preguntado porque en determinadas horas del día, había

cogido ella el teléfono...

—“No. No está, ¿de parte de quién?” Esta frase, el anterior mes, había surgido repetidas veces de los labios de Milena, a diferentes horas; incluso había, en ocasiones, abandonado una visita para coger ella el teléfono, sin dejarle a ella ni tiempo de reaccionar...

Si Marta hubiera dado importancia a algunas cosas, a muchas cosas, tal vez aquellos luctuosos sucesos, no habrían sucedido... ¿O sí? ¿Quién lo sabe?...

Aquel lunes, dio paso al martes, y el martes al miércoles... y así fueron pasando los días. Marta, como un autómatas, iba a la Facultad por la mañana, por la tarde trabajaba y sobre las ocho llegaba Manuela. A veces, Marta, la esperaba y se marchaban juntas.

Las veladas con Milena, ya no existían y Marta en su soledad, fue haciéndose amiga de Manuela, “la chica de la limpieza”, como despectivamente

la llamaba Milena.

Pero Manuela, era algo más que eso. Se casó muy joven, a los quince años y tuvo dos gemelos. Su marido, era drogadicto; le pegaba, la insultaba. Una vez incluso, intentó vender a los gemelos, para comprar droga... Manuela, a los veinte años, pidió el divorcio. Luchó mucho para salir adelante con los gemelos. Hacía sólo un año, que su ex-marido había muerto de una sobredosis. Unos mendigos lo encontraron tirado como un perro, en la Plaza Real.

Quizá por las tragedias, tal vez por la edad... lo cierto es que Manuela y Marta, se hicieron amigas... A ambas les gustaba el cine, las copas, el teatro... y tenían algo más en común: De momento, ninguna de las dos, quería saber nada de hombres...

El verano dio paso al invierno y llegó Fin de Año. Manuela y Marta, habían decidido ir con los gemelos a un restaurante, pero Milena insistió para que fueran a su fiesta, en Comarruga... Estaba

interesada en que conocieran a alguien muy importante para ella...

Marta y Manuela, con desgana fueron a la fiesta. Dejaron a los gemelos con un canguro... Llegaron un poco tarde, por lo que cuando llamaron a la puerta, el ruido y la música ya estaban muy altos.

Marta deseó con toda su alma, que no les abrieran... Pero la puerta se abrió y por ella apareció Milena, con una minifalda propia de una veinteañera, acompañada de un hombre. Un hombre mayor que ella, que por el aspecto de su rostro, parecía haber bebido demasiado...

—“¡Por fin habéis llegado! Os presento a José”, dijo Milena complacida. Detrás de ellos, estaba Marcela...

CAPÍTULO VEINTIUNO

Mientras sonaba la música de Mecano, Milena, fue haciendo las presentaciones.

Marta no oyó ningún nombre, sólo uno José... José, el hombre que abandonó a Milena cuando la dejó embarazada. ¿Qué hacía ahí?...

Por la mirada de Manuela, Marta, percibió que ella estaba igual de extrañada...

Se sentaron a cenar... Comieron salmón, langostinos y piña con nata. Mientras hacían tiempo para las uvas, Marta conversó con José, primero de nimiedades, luego él le contó que su mujer había muerto, que durante muchos años estuvo enferma y que lo pasó muy mal.

Parecía un buen hombre, cuyo único enemigo era el alcohol.

—“Oye Marta”, prosiguió José, “Sé que estás a punto de ser psicóloga y quisiera preguntarte

algo”.

—“Tú dirás. No sé si podré ayudarte”.

—“Verás, hace años tenía problemas con el alcohol, fui a terapia de grupo y conseguí dejarlo, pero he vuelto a beber...”

—“¿Por qué?”

José dudó antes de contestar, miró de soslayo a Milena y bajó el tono de voz.

—“Por Milena, no paraba de beber delante de mí, incluso hacía platos con alcohol, langostinos al ron, pato al oporto...”

—“Un día me invitó a una copa de cava, yo lo rechacé y ella se echó a llorar...”

A Marta, le parecía increíble que esa mujer, pudiera llorar.

—“Tomé esa copa, y detrás otra. Milena me dijo que no era importante, que yo no era alcohólico. Todo lo contrario a lo que me decían en las

reuniones, donde insisten que un alcohólico, lo es para siempre. ¿Eso, es verdad Marta?”

Iba a responderle que sí, pero la mirada de Milena, le hizo variar de opinión.

—“No lo sé José”, afirmó Marta, “siento no poder serte de utilidad, pero tan sólo soy una estudiante...”

Sonaron las campanadas y todos brindaron con cava. José acabó dormido en uno de los sillones de la casa... Marta y Manuela dieron la excusa de los gemelos, para marcharse de allí.

Al salir, Manuela reparó en que se había dejado sus llaves en el despacho de Milena.

—“No te preocupes Manuela, vamos en un momento y como en aquella calle, no hay quién aparque, te espero abajo”.

Así lo hicieron. Manuela tardó una eternidad en bajar, o por lo menos eso le pareció a Marta... Por fin bajó, estaba pálida y asustada...

—“Pero Manuela, ¿qué hacías tanto rato?, ¿horas extras?...”

Manuela, no respondió... No dijo nada en todo el camino. Marta lo achacó al cansancio.

—“Hasta mañana, o mejor, hasta dentro de un rato”, bromeó Marta al parar frente al piso de Manuela. El día uno era su santo y la había invitado a comer.

Manuela bajo del coche y se alejó sin decir palabra.

A las siete de la mañana, el teléfono sonó.

—“Dígame”, respondió Marta completamente dormida y pensando quién debía ser el chalado, que llamaba a aquellas horas en un día así. Aunque la auténtica chalada era ella, por no haber recordado poner el contestador.

Una voz entrecortada, apenas audible dijo al otro lado del hilo:

—“Marta, soy Manuela. Lo siento, no podrás

venir a comer. Los gemelos han cogido la varicela y tenemos por lo menos para un mes”.

—“¡Oh!, como lo siento. ¿Puedo ayudarte?

—“Ni lo sueñes, me dijiste, que de pequeña no habías tenido nada y esto de mayor, es muy malo”.

—“De acuerdo. Si me necesitas, llámame”.

Habían pasado veinte días, cuando Marta encontró un corto mensaje en el contestador:

—“Hola Marta, espero que estés bien. No te preocupes por nosotros y sobre todo, no vengas”.

Excepto este mensaje, Marta no tenía más noticias de Manuela.

La tarde siguiente, le hizo casi omiso al mensaje de Manuela y decidió ir a verla después del trabajo. Vivía en avenida del Paralelo, cerca del puerto. Lo que realmente la había decidido fue el comentario que Milena había hecho un rato antes.

—“Marta. Antes de que acabe la semana, busca

una mujer de la limpieza”.

—“Pero, ¿por qué? Hasta que vuelva Manuela, puedo ir sacando el polvo y arreglando un poco el despacho como hasta ahora”.

—“No digas tonterías Marta. Bastante trabajo tienes ya y, además, Manuela no volverá. La he despedido”.

—“¿Cuándo la has despedido?”

—“La llamé el día uno y se lo dije”.

—“¿El día uno?, Manuela no le había dicho nada. Pero, ¿por qué motivo Milena?”

—“Eso, a ti no te importa...”

Dicho esto, Milena se fue sonriente a atender a la visita...

A las nueve en punto, Marta, llegaba a casa de Manuela. Pulsó el timbre del interfono...

—“¿Quién es?”

—“Hola, soy yo”.

—“Te dije que no vinieras, Marta”.

—“No me iré hasta que abras”.

La puerta se abrió. Marta subió las escaleras, la puerta estaba entreabierta. Marta entró en la casa, que estaba a oscuras. Al fondo se vislumbraba una silueta, parecía Manuela, estaba sentada, con las manos sobre el regazo... No había ni rastro de los gemelos...

—“Hola Manuela, ¿dónde están los gemelos?”

—“Con mi madre. En mi estado, no les puedo cuidar”.

—“¿Qué estado?, preguntó, ¿le habría ocurrido algo a Manuela?... Marta accionó el interruptor... No podía creer lo que veía... Manuela, estaba ciega... totalmente ciega...

Desde la sala Marta oía gotear el grifo de la cocina...

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Marta se había arrodillado delante de Manuela y sin hacer ruido, lloraba en su regazo... Cuando consiguió calmarse, le preguntó que había sucedido... Si había ido a algún especialista.

—“Al mejor, Marta. Al mejor de Barcelona y quizá incluso del mundo, Barraquer.”

Sí, sin duda era el mejor. De todas partes del mundo, acudía a él, para visitarse.

—“No hay remedio. No puede hacerse nada”.

Marta, no sabía qué hacer, ni qué decir. Manuela se adelantó...

—“Marta, quiero que te vayas. Y que no vuelvas más”.

Marta no entendía nada. Parecía una pesadilla salida de la pluma de Edgar Allan Poe, en sus relatos de terror...

—“Pero, Por favor, dame una explicación...”

Hubo un rato de silencio en que en la estancia, solamente se oía el gotear del grifo... Por fin Manuela dijo:

—“Vi lo que no tenía que ver. Mala suerte...”

¿Qué quería decir? Siento que Milena te haya despedido. No lo entiendo... La verdad, es que no entiendo nada.

—“Marta, te ruego que te vayas. Tengo dos hijos... por favor...”

El tono de voz de Manuela, hizo obedecer a Marta... Acarició su rostro y se dirigió a la puerta.

Dejó unos billetes en la mesa del recibidor... Bajó aquellas escaleras por última vez.

No hizo falta que Marta buscara una mujer para la limpieza, al día siguiente, ya había una limpiando el piso de Milena... Se llamaba Marita, era brasileña y a lo sumo sabía decir en español, buenos días Marta.

Exceptuando a Marita, en el despacho, no hubo novedad alguna hasta el uno de febrero.

Hasta aquel momento, Milena y José, salían cada noche. Él la llamaba constantemente, le enviaba rosas e incluso le regaló un anillo de compromiso.

Pero el día uno de febrero, todo cambió. Al ir a tirar unos papeles, Marta encontró el anillo de compromiso en la papelería. No dijo nada, pensó que no era asunto suyo.

Aquella misma tarde, Milena le dijo a Marta, que anulara todas las visitas y que sobre las ocho se fuera y sobretodo, que si llamaba José, le dijera que no volviera a llamar. Dicho esto, cerró la puerta tras de sí.

A partir de ese día, José llamó repetidas veces durante muchas tardes. Dejó innumerables mensajes en el contestador. A Marta aquella situación, le resultaba muy incómoda. Las conversaciones, eran siempre igual:

—“Marta, por favor. Ponme con Milena...”

—“Lo siento José. No quiere hablar contigo”.

Aquello, era insufrible. Venía al despacho, golpeaba la puerta. Tocaba el timbre, lloraba. Había vuelto a beber y a Milena, parecía no importarle en absoluto su estado...

Un día en que Milena no estaba, a Marta le dio pena y le abrió. José era una piltrafa, sucio, andrajoso y con aliento a ginebra barata.

En aquel preciso momento, Milena entró. Lo que sucedió a continuación, parecía irreal... Aquella Milena, no era la que Marta conocía, ni la Milena que la gente, las visitas y los oyentes conocían...

Al entrar y ver que José estaba allí, Milena montó en cólera. No chilló. Simplemente le tiró al suelo y comenzó a darle patadas.

—“Vete de aquí... borracho”, le ordenó.

José lloraba y Marta, no sabía qué hacer. Milena, le echó a la calle y le amenazó diciéndole

que si volvía, le mataría.

Después de echar a José, Milena, se encontró de bruces con la visita de las seis. Su expresión cambió radicalmente. Su sonrisa resplandecía.

—“Pase por favor señora Analía”, le dijo y mientras se dirigían a su despacho, Milena añadió: “Marta. No me pases a nadie”.

A las ocho en punto, Marta cogió su bolso para marcharse. Cuando ya estaba en la puerta, Milena salió de su despacho, disculpándose con la visita, y se le acercó; le entregó a Marta una nota en una hoja doblada. Marta, se despidió y bajo la escalera.

Al llegar a la estación del metro, mientras esperaba, abrió la nota de Milena. La letra de Milena, era inconfundible:

—“Marta. Si vuelves a desobedecerme, te despediré. Milena”.

Pero, ¿qué se había creído esa mujer? Marta, ya

en el vagón, empezó a analizar la situación y constató el cambio que su relación con Milena había experimentado.

Desde que regresaron de Brasil, todo era muy frío e incómodo. Era algo, que se percibía en el ambiente.

Con la muerte de Juan y Montse, no se había sentido con ánimos para buscar un nuevo trabajo. Marta calculó mentalmente. Aguantaría cuatro meses, hasta los exámenes finales... Luego, se marcharía.

Al llegar a Diagonal, bajo del metro y se dirigió al pasillo de enlace con la línea azul. Se paró un momento para escuchar a un músico, que en dicho pasillo desgranaba con acierto las notas de “El Canon”, de Pachelbel. Encendió un cigarrillo y al girarse, para proseguir su camino, vio a José. Estaba tirado en el suelo, junto a una botella vacía. Tenía su mano extendida y frente a él un cartel, que decía así: “por favor. Denme algo para comer”. Marta, no se lo podía creer. Mientras El Canon,

proseguía resiguiendo las paredes, Marta se marchó dirección Sagrada Familia... Nunca más vio a José.

La verdad, es que nadie vio nunca más a José...

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Llegó la primavera, y con ella cambios en la radio.

Una sanadora, había ocupado el lugar de Milena. Marta no le había dicho nada a su jefa, pero ella conocía a Meritxell, —así se llamaba la sanadora—. Había nacido en Andorra y ya desde pequeña, le habían atraído las curas mediante hierbas y productos naturales. Un día Meritxell, conoció a la abuela de Marta y a partir de entonces, fue como de la familia, solía venir a casa por Navidad. Tenía el don de curar; curaba a quien fuera y de lo que fuera. Se casó muy joven y tuvo seis hijos. Su marido la engañaba frecuentemente, por lo cual, Meritxell, se divorció. Cuando sus hijos fueron mayores, volcó toda su sensibilidad y energía, en su trabajo.

Cuando se enteró, de que la habían llamado de la radio, Marta se alegró mucho por Meritxell; pero su intuición la hizo callarse y no decirle a

Milena, que la conocía, pues ella estaba furiosa.

—“No lo entiendo Marta. ¡Una sanadora!”, le había dicho Milena, “¡Mi espacio subió la audiencia y ahora, sin previo aviso, me echan...!”

Marta sí lo entendía, la audiencia había bajado. Desde que habían vuelto de Brasil es como si Milena hubiera perdido su videncia, o telepatía, o lo que fuera... Las llamadas y las visitas iban bajando y Milena se estaba poniendo cada vez más alterada. Sus nervios estaban tan exacerbados, que empezaba a tener pensamientos paranoicos.

Un día le dijo a Marta, que se esperara, que debía hablar con ella. Marta pensó, que tal vez quería despedirla, pero no fue eso ni por asomo... Al acabar las visitas, Milena cogió tres copas de Martini blanco y se sentó junto a ella. ¿Para quién sería la tercera copa?...

En aquel momento, se abrió la puerta y Marita, la señora brasileña que hacía la limpieza, cruzó el umbral, pero por lo que dijo luego Milena, Marita

era algo más que una mujer que limpiaba...

—“Mira Marta. Marita además de venir a ayudarnos en la limpieza es May de Santo, la oficiante con el don de la videncia. Le pedí que mirara porque las cosas en el despacho, no iban tan bien como antes y me ha dicho, que tienes mal de ojo...”

Lo que faltaba, pensó Marta. Empezaba a ver, que si las cosas seguían así, no aguantaría dos meses, siquiera dos semanas con el cariz que estaban tomando.

Se armó de paciencia y escuchó con atención, mirando a los azules ojos de Marita.

—“Deberás hacer el siguiente ritual, Marta: cogerás tres limones, tres cucharadas de ruda, raíz de Juan el Conquistador...”

Marita siguió hablando y Marta tomando nota, pero su mente estaba lejos de ahí. Si no dejaba pronto este trabajo, acabaría chalada.

—“Milena, si no me necesitas más, hoy tengo prisa”, se excusó Marta.

—“No, cariño”, asintió Milena, “puedes irte”.

Marta no hizo nada de todo aquello. La consulta cada día iba peor. Hasta que un día; el 27 de abril, Santa Montserrat, en el que Marta se sentía triste no por la consulta, sino porque echaba de menos a su mejor amiga; Milena entró sonriente, más temprano de lo acostumbrado.

—“Todo se va a solucionar, Marta”, dijo, “dentro de poco volveremos a la radio”.

Y así fue, el día uno de mayo por la tarde, Milena estaba otra vez en el dial...

El día uno de mayo por la noche, Marta, estaba en Sancho de Ávila, las Pompas Fúnebres, después de una llamada telefónica, que recibió en el despacho.

—“Hola Marta. No sabía dónde encontrarte. Tu madre me dio el teléfono. No sabía que

trabajabas.”, era la voz inconfundible de la hija de Meritxell.

—“Sí bueno, sólo por las tardes, como secretaria”. Marta no le comentó que clase de sitio era aquel y prosiguió: “¿ocurre algo?”

La hija de Meritxell, empezó a llorar desconsoladamente.

—“Mamá ha muerto...” Dijo entre sollozos, sin poder articular más palabras.

Meritxell había muerto, a Marta, las paredes del despacho empezaron a darle vueltas... Quedaron a las nueve de la noche, Marta se fue del despacho antes de la hora... A milena, no pareció importarle, ni tan sólo le preguntó dónde iba...

A las nueve y cuarto, llegó a Sancho de Ávila. Los hijos de Meritxell, estaban destrozados. Incluso su ex-marido, estaba descompuesto. Había muchísima gente, la mayoría agradecidos, porque Meritxell, les había ayudado. Era una mujer muy querida...

Entre la gente, Marta, vio a su madre.

—“Hola mamá. ¿No ha venido papá?”

—“Vendrá más tarde, Marta. Yo me quedaré hasta que llegue, no te preocupes...”

—“¿Qué ha pasado, mamá?”

—“No lo sé, Marta. Sé tanto como tú”.

Una de las hijas de Meritxell, se dirigió a ellas:

—“Quiero hablar con vosotras, hay algo que he de contaros. Si os parece, vamos un momento al bar”.

El silencio, se transformó en ruido dentro de la cafetería. Pidieron tres cafés con leche.

—“Veréis, vosotras sois como de la familia, por eso quiero contaros lo que ha ocurrido”.

—“Mi madre, nunca había querido ir a la radio. Ya sabéis que ella trabajaba de boca a boca y no daba abasto. Pero tenía un amigo en la radio, que le rogó que fuera como un favor personal”.

—“Y así lo hizo. Y al sexto día de ir, empezó a sentirse indispuesta. Le dolía la cabeza constantemente. Así fueron pasando los días. Una tarde, después de las vistas, —yo cogía el teléfono en la consulta—, mi madre me dijo que iba a morir, que lo sabía. A mí todo aquello me sorprendió mucho, pero pensé simplemente que mi madre había entrado en una de sus depresiones”.

—“Esa noche, mi madre, entró de urgencias en el hospital y ya no salió, murió a las pocas horas. Los médicos, no sabían que había ocurrido, no podían entenderlo. Aparentemente, a mi madre no le ocurría nada, estaba perfectamente bien. En los análisis no aparecía ninguna enfermedad. Ni en el escáner, ni en el TAC, detectaron problema neurológico alguno... no le encontraron nada...”

—“Al día siguiente, fui al despacho a recoger unas cosas. La puerta había sido forzada. Creí que habían entrado a robar, pero no faltaba nada, estaba todo en su sitio, incluso las tortugas, que ella coleccionaba en distintos materiales y tamaños”. La hija de Meritxell, rompió a llorar y

añadió:

—“No sé porque os he contado todo esto. Lo veo tan raro...”

—“Mira cariño. Dios nos llama cuando quiere que vayamos con Él. No has de buscar más explicaciones. Ella estará mejor ahora...” María, la madre de Marta, no estaba muy convencida de lo que estaba diciendo, pero deseaba consolarla.

Surtió efecto. Y al cabo de unos instantes, la hija de Meritxell, buscó algo en su bolso.

—“Os he traído algo, para que lo tengáis de recuerdo...”

Empezó a sacar cosas, mechero, pintalabios... por fin lo encontró. Les regaló sendas tortugas de cristal. Eran de Meritxell, fueron las primeras de su colección.

Pero Marta, no miraba las tortugas. Miraba uno de los objetos, que ella había sacado de su bolso.

—“¿Y esto?, preguntó. Perdona... ¿Es tuyo?...”,

dijo señalando un pendiente negro y rojo.

—“No. Que va, lo encontré en el despacho el otro día. Debe ser de una cliente”.

A Marta, aquel pendiente le pareció muy parecido a los que Milena había comprado en Brasil...

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una tarde de las que Milena fue a la radio, Marta descolgó los teléfonos y curioseó en el joyero, que Milena tenía en su consulta. Perlas, ágatas, collares... por fin halló lo que buscaba... el pendiente, sólo había uno.

La radio, estaba conectada a bajo volumen. Como un murmullo de fondo, Marta le oyó decir al locutor:

—“Nos alegramos de tu regreso, es un placer tenerte nuevamente entre nosotros. Buenas tardes Milena y bienvenida al programa...”

Justo entonces sonó el timbre. Ashé maulló, —nunca lo hacía—, a Marta le extrañó. Cerró rápidamente el joyero y se dirigió a la puerta.

Al abrir, vio a un hombre tremendamente atractivo, sus ojos le recordaron a los de Paul Newman... Debía ser Maurice, la visita de las seis.

—“Hola. Buenas tardes. Me he adelantado diez minutos. Tenía hora a las seis. Si lo prefiere, voy a tomar un café y vuelvo”.

—“No, por favor. Pase, Milena no tardará en llegar”.

Milena apareció al cabo de unos minutos. Estaba muy contenta y cariñosa. La visita con Maurice duró mucho. Tanto, que a las ocho aún no había entrado la visita de las siete.

Cuando salió, Milena le dijo a Marta que no le cobrara y que apuntara en la agenda para el martes a las nueve, cena con Maurice.

El martes, Maurice, vino a recogerla puntualmente. Llevaba puesto un esmoquin y una orquídea en la mano...

Milena estaba como loca. Cogió la orquídea, le abrazó y Marta pensó, que era la hora de marcharse...

Los exámenes finales se acercaban y no había

dado golpe... junio fue un mes monótono, aunque Milena había vuelto a la radio, la consulta seguía igual de mal. Cada semana, Marta, tenía unos tres exámenes.

Por las mañanas, Marta, cogía los apuntes y se iba a estudiar a la playa. Generalmente iba a una cala bastante tranquila de Calella. En alguna ocasión se le había acercado algún chico, pero ella, no se sentía aun preparada para tener una historia...

Al final, suspendió tres asignaturas. Eso significaba que tardaría más de lo esperado en acabar la carrera... Quizá su madre tenía razón al decirle, que era normal, después de todo lo acontecido.

Durante aquel mes de junio, Milena sólo trabajaba dos días por semana... Los otros días, iba con Maurice, en su yate.

Maurice, era multimillonario, mejor dicho, lo era su padre. Él sería el único heredero y actuaba

como si el dinero fuera ya suyo. No trabajaba. Su vida era viajar, hacer relaciones públicas y cuidar de sus animales, tenía dos rottweilers.

Milena le había pedido a Marta, cuando acabó con los exámenes, si podía ocuparse de Ashé aquel verano.

—“Mira, Marta. Maurice y yo, queremos ir a Egipto este verano, nos podemos llevar a sus perros, pero me dijo que Ashé no podría venir”, le había dicho.

Marta no pensaba ir a sitio alguno, aquellos dos meses, así que acepto la propuesta. Le iría bien un poco de compañía.

—“Y tú, Marta, ¿qué harás este verano?”

—“Buscar otro trabajo”, pensó Marta, pero le había dicho: “nada, iré a la playa, descansaré, leeré... estudiaré, que falta que me hace”.

A principios de julio, Milena, ya se había marchado. Marta, enseguida se acostumbró a

Ashé... Ella siempre había tenido perros, se dio cuenta que los gatos eran distintos. Tenían ventajas, no era necesario pasearlos, por ejemplo.

Ashé, dormía a sus pies. A veces soñaba y maullaba. Marta al principio se sobresaltaba, después, ya ni se despertaba.

Su padre, se había ido a la India, con Merche. Su madre a descansar a Palafolls, una pequeña villa cercana a Blanes, muy bien comunicada con las playas y al lado de la montaña. Desde el divorcio, alquilaba una planta de una torre a una antigua amiga del colegio. Ella llevaba ahí toda la vida. Hasta ahora, había compartido la torre con su hija Mónica, hasta que ésta se caso. Entonces se le ocurrió alquilarle la planta que no usaba a María.

María, desde allí, telefoneó a Marta para que fuera con ella a pasar unos días. Casi la obligó.

—“Pero mamá, tengo que estudiar”, le respondió Marta, intentando declinar la invitación.

—“Aquí estudiarás con mayor tranquilidad”, insistió.

Por el teléfono, se oían muchas interferencias y Marta empezaba a cansarse de hacerse la dura.

—“A tu amiga no le gustará...”, dijo, comenzando a rendirse.

—“Pero si se ha ido. Verás, su hija se casó y ha quedado embarazada, está ya de seis meses y le pidió a su madre, que fuera a vivir con ellos a Lloret de Mar, hasta que nazca el niño”.

—“De acuerdo mamá, pero tendré que llevarme a Ashé”.

—“Perfecto. No se hable más. Te espero el jueves”.

—“Allí estaré. Recuerda, que sólo podré quedarme unos pocos días”.

Esos pocos días, se convirtieron al fin, en semanas... Visitaron el parque acuático Marineland, vieron los delfines, los loros

ciclistas, las ovejas...

Por las mañanas iban a la playa de Fanals, por las tardes Marta estudiaba y su madre solía ir de compras o al cine.

De todas formas, lo mejor eran las noches. Se pasaban horas juntas en el césped del jardín, mirando las estrellas, hablando, pensando... recuperando esa complicidad que siempre habían tenido.

Ashé, se escapaba por las noches. Salía por un agujero de la verja, que conectaba con el jardín de la casa de al lado. Allí vivía Chess, la gatita siamesa de los vecinos.

Una noche, mientras Marta buscaba a Ashé y su madre miraba la televisión, un coche estacionó frente a la casa.

Era su padre. Sin Merche y sin cara de haberlo pasado bien en la India...

CAPÍTULO VEINTICINCO

—“Papá. ¿Qué haces aquí?”

—“Hola Marta. Eso pregunto yo, no pensaba encontrarte aquí”.

Ashé se cruzó con ellos, mientras se besaban.

—“Gamberro, estás aquí”. Lo cogió en brazos...
“Papá. Te presento a Ashé”, dijo divertida.

—“Encantado Ashé... ¿Y tu madre?...”

—“Adentro. Está viendo Volver a empezar, de Garci”.

—“¿Me acompañas?”

—“No, papá. Voy a dar una vuelta”.

Mientras Marta se alejaba, su padre avanzó decidido por el sendero de piedras, que cruzaba el jardín hasta la puerta de la torre.

Marta paseó por el pueblo, hasta la plaza de al

lado de la fuente. Allí vio un grupo de diez chicos de aspecto algo raro y decidió volver.

Las luces estaban apagadas. Por las maletas que habían en la entrada, su padre se había quedado.

A la mañana siguiente, el olor que llegaba de la cocina, hizo que Marta se levantara con rapidez.

Ashé, ya estaba bebiendo su ración de leche de cada mañana.

Su padre, estaba haciendo tostadas. Su madre cantaba Perfidia, Marta recordó que hacía mucho tiempo que no la oía cantar.

Ambos iban en albornoz, así que todo daba a entender, que quizás Merche había pasado a la historia.

Pasados un par de días, Marta decidió marcharse y dejarles solos. Al llegar a Barcelona compró el periódico. Tenía quince días para encontrar trabajo. El día uno de septiembre, tenía que volver al despacho, sino encontraba nada.

No encontró nada. O su edad no era la requerida, o preferían a una chica morena o no interesaba una chica con estudios universitarios.

Desmoralizada, miró los anuncios de futurología. Le gustó uno en el que leían la bola de cristal. A lo mejor veían más claro su futuro que ella.

Le dieron hora para el mismo día. Al llegar, una señora muy anciana, la hizo pasar a una sala muy en penumbras.

Mirta, así se llamaba esa mujer, la hizo sentar. Ella se sentó enfrente. Entre ambas, una mesa redonda con un tapete rojo. En el centro una bola de cristal cubierta con un pañuelo violeta.

Sacó el pañuelo y empezó a hablar:

—“Mi niña. Veo nubes muy oscuras. Alguien malo, está en tu entorno”.

“Ya empezamos”, pensó Marta. “Ahora dirá que tengo mal de ojo y querrá cobrarme un trabajo de

magia”.

Pero Marta se equivocaba.

—“Mi niña. Cuando terminemos la consulta, voy a darte algo para protegerte. Quiero ayudarte”.

La voz de la vidente, pareció convincente.

—“Es una mujer”, prosiguió, “Está enamorada de ti y no sabe qué hacer para conquistarte. Intenta vencer los obstáculos, pero de una manera maligna”.

Mirta extendió la mano y le tocó la suya.

—“Déjame ver tu mano”, le pidió.

“Eso quiere decir que no ve demasiado en la bola”, pensó Marta y le extendió la palma de su mano izquierda.

—“No. La derecha, por favor”.

Cambió la mano y Mirta se puso unas gafas, cogió una lupa y empezó a hablar:

—“Veó una boda y dos niños gemelos. Niño y niña”.

—“Veó también un trabajo en el que ayudarás a los demás”.

—“¿Y el trabajo de ahora?”

—“Estarás poco tiempo... Veó una C...”

—“¿Qué significa esto?”

—“Es la inicial del nombre de una persona, que cambiará tu vida”.

Marta sonrió, de momento su vida estaba llena de “emes” y de “jotas”. No conocía a nadie con “C”.

—“¿Lo conozco ya?”, preguntó.

—“No... Lo conocerás un día en el que te sentirás muy asustada y triste”.

“Que ánimos, por Dios”, pensó Marta.

—“Tus padres están separados, ¿verdad?”

—“Sí, así es. ¿Por qué?”

—“Volverán a casarse”.

Marta puso cara de póquer. La mujer siguió hablando y la tarde, se hizo noche.

Al marcharse, la mujer le advirtió:

—“Espera mi niña. Te dije que te daría algo”.

—“¡Oh, sí!, es verdad. No se preocupe”.

Marta le pago las cinco mil pesetas que le había dicho por teléfono y añadió dos mil más.

Mirta le devolvió las dos mil y le puso un objeto en la mano.

Marta se despidió. Al llegar al ascensor, miró el objeto que le había dado esa amable mujer.

Era un trébol. Un trébol plastificado, igual al que llevaba en el bolsillo. Igual al que le había dado su abuela cuando murió.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Los turistas abandonaron la Sagrada Familia, para volver a sus fríos países, con color de gamba y un poco más de barriga, culpa de la cerveza, la sangría y la paella...

Y Marta, tuvo que volver a su trabajo. No había conseguido encontrar nada. Así, que se resignó.

Milena la esperaba con los brazos abiertos. Estaba morenísima. La abrazó...

—“Hola, Marta. ¿Cómo estás?” Y sin esperar respuesta, comenzó a enseñarle fotografías... Las Pirámides... La Esfinge de Gizeh, el río Nilo, la isla Elefantina... el Valle de los Reyes...

En todas ellas, estaba Maurice... Maurice en la tumba de Tutankamon... Maurice en el Museo de El Cairo... Maurice en el desierto...

Marta, pensó que Bertolucci, no cogería a Mauricio, para haber hecho el Cielo protector y

que por supuesto, Milena, no era Debra Winger.

—“Te he traído unos regalos”, dijo Milena.

Marta los abrió. El primero, era una fotografía enmarcada del Templo de Abu Simbel, el siguiente, era un papiro con la efigie de Tutankamon y el último, un escarabajo azul. La leyenda explica, que el escarabajo azul trae suerte a su poseedor.

Superadas las tradicionales conversaciones veraniegas, pusieron manos a la obra, Marta cogiendo el teléfono y Milena visitando.

Aunque había traído a Ashé, éste, ni se acercó a Milena, todo el rato estuvo a los pies de Marta.

Cuando su dueña se acercó a él, se le erizó el pelo. Milena, le miró con odio. No obstante, al concluir la jornada, se lo llevó a su casa.

Marta, le echó de menos, se había acostumbrado a sus ronroneos, sus maullidos, sus caricias...

Al llegar a casa, Marta, había encontrado una

carta de su madre y se puso a leerla.

“Querida Marta”.

“Te escribo porque quiero avisarte antes de volver. Estamos en casa de tu tía. Volvemos dentro de unos días.”

“Hemos decidido casarnos de nuevo. Tu padre ha cambiado tanto... Y ambos queremos, que tu hagas de testigo en la boda”.

“Espero que estés bien. Te quiere”:

“Tu madre”.

“PD: se me olvidaba. El día dos, el instalador del aire acondicionado, irá a la Avenida Gaudí. Es a las diez de la mañana. ¿Puedes ir?”

“Recuerdos de tu padre”.

Una boda. Esto era de locos... El día dos, era ya mañana. Sería mejor ir a dormir pronto.

—“Buenas noches Ginger. Buenas noches Fred”.

A las diez y cinco minutos, Marta, llegó a casa de su padre. El instalador, ya había llegado y ponía mala cara.

—“¡Ya era hora...!””, dijo. Marta iba a contestarle, pero lo pensó mejor. Abrió la puerta sin hacer ningún comentario. Cuanto antes empezara, antes podría marcharse.

Cuando ya llevaba una hora y media, sonó el timbre. Marta, que estaba leyendo, dejó el libro en el sofá y se dirigió hacia la puerta. Era Merche...

—“Hola Marta. Perdona que no te haya avisado, pero tus padres me han dicho que hoy te encontraría aquí y para mí, resultaba menos violento. No deseo ver a tu madre”.

—“Pasa, por favor”. La imagen de Merche, la desconcertó. Había adelgazado, iba con zapatillas, vaqueros y una camiseta negra. En su cara ni un ápice de maquillaje.

Por primera vez, Marta, se dio cuenta de que aquella chica, era muy bonita y más joven de lo

que creía... Sintió pena por ella...

—“¿Quieres tomar algo?”

—“No, gracias, Marta. Recojo unas cosas y me marcho”.

El joven del aire acondicionado, se la quedó mirando. Decididamente, aún sin maquillaje, llamaba la atención.

Se oyó ruido de cajones y puertas de armario. Al rato, Merche apareció con una sonrisa y su bolsa...

—“Bueno, ya lo tengo todo”.

—“¿Adónde irás a vivir?”

—“Posiblemente con mi hermana. Vive en Mahón y necesito cambiar de aires. Las playas y las pomadas, los chupitos de allí, me vendrán bien”.

—“Te gustará mucho, además, ahora son sus fiestas. Verás unos caballos preciosos”.

Merche la interrumpió:

—“Nunca te gusté. ¿Verdad?”

—“No te conocía, Merche”.

—“Nunca me diste esa oportunidad. Bueno, ahora, ya no importa... Me voy”. Se acercó a Marta y le dio un beso en la mejilla.

—“Cuídate Marta”.

—“Tú también Merche”.

Merche, se dirigió a la puerta, pero al llegar se giró antes de salir...

—“¿Marta...?”

—“Sí...”

—“Realmente, yo quería a tu padre...”

Marta, se la quedó mirando. Cuando la puerta se cerró, pensó, que nos equivocamos mucho juzgando a la gente...

—“Señorita. Esto ya está...”, comentó el técnico, “¿Dónde puedo lavarme las manos...?”

El aire del aparato, refrescó el pensativo rostro de Marta...

CAPÍTULO VEINTISIETE

La boda de su madre, no iba a ser la única... Milena, anunció también a Marta, su boda con Maurice.

“¡Pero si sólo le conoce desde hace pocos meses!”, pensó Marta al oír a Milena y le preguntó:

—“¿Dejarás de trabajar?”

—“No. Por supuesto que no”, dijo Milena, “Necesito trabajar y Maurice, montará un negocio de Bellas Artes, en el Casco Antiguo”.

—“¿Dónde será la boda?”

—“En París, Maurice, se crio allí de pequeño y sus padres desean que la boda se celebre allí. Además, ellos viven allí”.

—“¿Los conoces?”

—“Sí. Son encantadores. Te gustarán, sobretodo

su padre”.

Sin más demoras, Milena, se metió en consulta... Marta, pensó que Milena no conocía a Maurice, pero es que pensándolo bien, Maurice, tampoco sabía quién era Milena.

La pregunta del último pensamiento de Marta, aun flotaba en el ambiente: “¿quién era realmente Milena?” Entonces, sonó el teléfono...

—“Hola Marta. ¿Ya habéis llegado?” Era la inconfundible voz de Marcela.

—“Sí, ya estamos metidos en la monotonía de siempre”, respondió Marta.

—“Sí, pero la monotonía, se romperá con algo. ¿No?”

—“¿Te refieres a la boda?”

—“Por supuesto”.

—“Sí. Supongo, que eso será un cambio”.

—“Más de lo que te imaginas. Me alegro por

Milena, estaba muy sola y ha sufrido mucho. Necesitaba una pareja”.

—“Sí. Imagino que sí y Maurice, parece un buen hombre”.

—“Es un buen hombre, y también ha sufrido mucho. El día de Fin de Año, recuerdo que me dijo, que deseaba casarse y formar una familia”.

Sonó el timbre...

—“Perdona Marcela, he de dejarte. Le diré a Milena, que has llamado”.

Colgó el teléfono y se fue a abrir. Era una mujer acompañada de un niño de unos seis años. Por lo visto era la visita de las cuatro. Marta la hizo pasar...

—“Hola, buenas tardes. ¿Podré entrar con el niño?”, preguntó la señora.

—“No. Pero no se preocupe, yo me quedaré con él”.

Mientras el niño jugaba con sus coches, Marta, pensó que había algo raro en lo que Marcela le había comentado, —el día de Fin de Año, me dijo que quería casarse y formar una familia—.

¿Qué Fin de Año? ¿Marcela, ya le conocía? Que ella supiera, Maurice, vino en verano a visitarse y no conocía a Milena, en absoluto... Seguramente, se trataba de un malentendido...

Sonó el teléfono nuevamente...

—“Bonjour. Je suis le père de Maurice”, dijo una voz al otro lado del hilo, “¡Oh, perdón! Quiero decir que soy el padre de Maurice”.

—“No. Tranquilo, le había entendido... Encantada”.

—“Ud. es Marta ¿verdad?”

—“Sí, la misma”.

La voz de aquel hombre, era sumamente atractiva.

—“Espero que venga a la boda. Está invitada”.

—“Gracias... Supongo que quiere Ud. hablar con su hijo, pero no ha llegado aún”.

—“No. Quería hablar con Milena. ¿Es posible?”

Marta se extrañó. Debía ser por los preparativos de la boda.

Milena, se puso inmediatamente al teléfono. Al cabo de un rato, se fue al supletorio de la habitación contigua y cerró la puerta.

El niño, que había traído la visita, se acercó a Marta y tiró de su falda...

—“Tengo sed...”, le dijo.

Marta le miró, sonrió y se dirigió a solucionar el problema del niño. Mientras llenaba un vaso con agua, pensó, que de niños las cosas son más fáciles.

Al cerrar el grifo, Marta, escuchó la voz de

Milena desde la otra habitación, su tono parecía muy cariñoso.

El niño, se bebió el agua de un trago...

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La boda de su madre, fue sencilla. Se celebró en la intimidad, con pocos invitados, sólo algunos miembros de la familia y Marlenne, la amiga íntima de la madre de Marta.

Su madre vestía de amarillo. No creía en supersticiones, ni en la mala suerte de Molière, que murió en escena vistiendo este color...

Su padre, parecía Cary Grant...

Y aunque se dice siempre, que nunca segundas partes fueron buenas, Marta, pensó que ésta sería una excepción... Estuvo casi segura, cuando les vio bailar en el banquete.

Al día siguiente, Marta, marchó a París. Era curioso, ninguna boda en años y ahora, dos de seguidas.

Llegó por la mañana, así que dejó las maletas en el hotel y se fue a visitar París. Ya lo conocía,

pero París la cautivaba. Nunca te cansas de recorrerlo, y sino, que se lo pregunten a Ninotchka, para su gusto, el mejor personaje de Greta Garbo.

Visitó la Torre Eiffel, tomo el sol en el césped de Le Champ de Mars. Después se dirigió a Sacré Coeur. Entró y rezó, hacía años que no lo hacía. Rezó por las almas de Juan y de Montse. Pidió por la felicidad de sus padres. Le pidió también ayuda a su abuela, para volver a sentirse feliz y sentir que la vida merecía la pena vivirla...

Cuando abandonó Sacré Coeur, aprovechó para recorrer Montmartre, en la Place du Tertre, volvió a embelesarse con aquellos artistas, que pintaban y dibujaban, intentando hacerse un hueco en este difícil mundo del arte, a golpe de retratos y caricaturas al carbón o al pastel, para los turistas... En una de las callejuelas circundantes, tomo asiento en un restaurante. Pidió escargots y los regó con un Beaujolais del 76. Después del café, vio que aún tenía tiempo, pues la boda era a las seis y se fue al Louvre... Después de hacer un poco de cola, entró. La Vittoria de Samotracia, sin

cabeza y la Venus de Milo, sin brazos, seguían allí. También seguían allí, El esclavo y El esclavo rebelde de Miguel Ángel, con sus angustiosas caras... Y La Gioconda, de Leonardo, seguía sonriendo, sin contar a nadie su secreto.

Cuando Marta salió del Louvre, se dio cuenta que París no había cambiado, que la que había cambiado era ella...

Recordó a Juan en Maxim's, haciendo broma con el camarero, los paseos por la noche por Champs Elysées y con el Bateau Mouge...

Recordó el rostro de Juan, su voz, sus manos y pensó que debía olvidarle... O recordarle, pero seguir viviendo... Algún hombre existiría sobre la faz de la tierra, capaz de hacerla vibrar nuevamente..., de hacerla sentir viva...

Como para confirmar sus pensamientos, un chico francés, la señaló y dijo dirigiéndose al amigo, que le acompañaba:

—¡Oh là là! Elle est très jolie...”

Marta, le devolvió una sonrisa y miró el reloj... ¡Dios mío! Debería coger un taxi o llegaría tarde a la boda.

Llegó al barrio de Saint Germain. Entre las callejuelas que se entrecruzan y se cortan formando ángulos sugestivos, está la Iglesia de Saint Germain des Près, la más antigua de París.

Marta entró en la iglesia, totalmente románica. Era de una inusual belleza, sobretodo el coro, absolutamente impresionante... La boda, ya había comenzado y los novios escuchaban las palabras del sacerdote...

Era la primera vez, que veía a Milena tan atractiva vestida de blanco. Estaba radiante, al igual que Maurice.

Finalizada la ceremonia, todos fueron a Moulin Rouge, en Pigalle, que tal vez junto a Au lapin agile, es uno de los lugares más pintorescos de París. Cuenta la leyenda, que en la misma colina, donde se halla actualmente Moulin Rouge, en el

año 272, fue decapitado el primer obispo de París, San Dionisio.

Marta había estado tres veces en París, pero nunca anteriormente había entrado allí. Cuando vio el espectáculo entendió, porque fue fuente de inspiración para el pintor impresionista Toulouse Lautrec.

La fiesta terminó muy tarde... Marta volvió al hotel y se acostó. Antes de dormirse, se preguntó ¿Por qué parecía, que Milena coqueteara con el padre de Maurice?

El tic-tac del despertador, era apenas audible...

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Después de desayunar, antes de coger el avión, Marta se fue al Museo Rodin, no quería abandonar la ciudad, sin haber visto nuevamente las maravillosas esculturas del artista... Mientras observaba con atención Le Penseur, no pudo evitar pensar en Camille Claudel, que acabó loca y terminó sus días en un centro psiquiátrico, enamorada perdidamente de Rodin... Quizá un amor no correspondido, pudiera llevar a la locura... pero para Marta, eso era desconocido, cuando había querido a alguien, también la habían querido...

Salió de la Rue de Varennes y se dirigió al aeropuerto.

Ya en el avión, se despidió de París, pero mentalmente no dijo adieu, sino aurevoire, con la firme promesa de regresar.

Tenía una semana de vacaciones, así que

decidió descansar, hasta que Milena regresara de su luna de miel.

Se encerró en casa, durmió, vio películas de vídeo y se puso a tope de pasta italiana... Unos spaghetti al pesto, Descalzos en el Parque en la pantalla y por fin... sueños sin pesadillas.

Pasaron los días volando y volvió al despacho. Se extrañó al no ver a Ashé viniéndola a recibir.

Milena, estaba en la sala encendiendo unas velas, Marta la saludó:

—“Hola. ¿Cómo ha ido la luna de miel?”

—“Hola Marta. Muy bien. Australia, era el único lugar del mundo, que no conocía...”

Marta, se sorprendió. No sabía que hubiera viajado tanto. De pronto recordó lo que quería preguntarle:

—“Milena, ¿dónde está Ashé?”

La faz de Milena se ensombreció y dijo:

—“Está con Marcela. Hemos pensado, que ya que Maurice tiene dos perros, era mejor que no estuviera con nosotros...”

Marta, no sabía explicar la razón, pero intuía que Milena le estaba mintiendo.

Pasaron dos meses, durante los cuales, Marta cada día se estaba haciendo más amiga de Maurice... Era un hombre encantador y con amplia cultura. Maurice solía llegar sobre las siete de la tarde, muchas tardes, cuando Milena aún no había terminado las consultas, se enzarzaba en animadas conversaciones con Marta, fundamentalmente sobre psicología.

Hablaban de Freud, de su teoría de la sexualidad; de Adler y el complejo de inferioridad; de Jung y sus arquetipos y por encima de todos, de Maslow.

A Maurice, le encantaba la psicología humanista. Marta se percató de que era una buena persona, con gran empatía y sensibilidad.

Con el tiempo, llegó a cogerle aprecio. Él solía contarle sus problemas y Marta, después de tanto tiempo cerrada a todo, también le contaba los suyos. Pronto se dio cuenta de que aquello, se parecía a algo que Marta había ya tenido en algún momento: amistad.

Más de una vez incluso, Milena y Maurice, la invitaban a cenar con ellos... La frialdad que había surgido entre ellas dos, disminuyó con la presencia de su marido.

Una noche, habían quedado en ir a un restaurante chino. Milena, se estaba maquillando y Maurice leía revistas de la sala de espera. El teléfono sonó y aunque era tarde, Marta, lo cogió. Era Marcela, quería hablar con Milena.

Antes de ir a buscar a Milena al lavabo y pasarle el auricular, Marta le preguntó a Marcela:

—“Por cierto, ¿cómo está Ashé?”

—“Ni idea, tu sabrás. ¿Por qué lo preguntas...?”

En el restaurante, Marta cenó rollos de primavera, arroz tres delicias y ternera con salsa de ostras, pero no percibió ningún sabor... Siquiera se lo encontró al licor de lagarto... Miró al lagarto y observó sus ojos. Algo le hizo pensar, que nunca más vería los ojos de Ashé.

Una chinita sonriente, se acercó y dejó la cuenta sobre la mesa...

CAPÍTULO TREINTA

Se acercaba la Navidad y las calles empezaban a vestir de gala, a estar iluminadas... En televisión reponían nuevamente ¡Que bello es vivir!.. La gente en el paro comenzaba a calzarse el vestido de Santa Claus, para vender ilusiones y ganarse un dinero.

Pero Marta, no tenía cara de Navidad... en el despacho el ambiente estaba enrarecido, se podía cortar con un cuchillo...

—“Vamos a divorciarnos...”, dijo escueta Milena.

—“¿Por qué?”, preguntó Marta sorprendida.

—“Estoy embarazada”

—“Pero eso es maravilloso. Felicidades”. Marta intentó acercarse, pero Milena la rechazó...

—“No. No es maravilloso Marta. Maurice, no lo quiere”.

Marta no preguntó nada más. Algo no le cuadraba en aquella historia. No podía imaginar a Maurice no queriendo el embarazo.

Milena, se cerró totalmente, como una ostra y así estuvo durante semanas.

Una tarde, Marta, llegó al despacho. De allí, salía una ambulancia... Marcela, estaba en la portería llorando.

—“¿Qué ha pasado?”

—“Milena ha perdido el niño”.

Marta subió las escaleras sorprendida. Pobre Milena, primero su hijo desaparece y ahora aborta.

Al entrar en el despacho vio la luz del contestador destellando. En él había dos llamadas... Se dispuso a escucharlas:

—“Esto va por Miriam, zorra...”, dijo una voz de mujer. Seguidamente, se oyó el segundo mensaje. Era la voz de Maurice:

—“Marta. He de verte. Borra el mensaje cuando lo hayas oído, sé que Milena no está debido a lo ocurrido. Estaré en tu casa a las diez. Es muy importante Marta”.

—“¡Ah! No te preocupes por la comida. Traeré una pizza”.

Marta borró los mensajes.

Llamó a la radio, para avisar que Milena no iría al programa durante unos días.

La tarde pasó despacio... Parecía que nunca llegaban las diez. Marta, estaba sobre ascuas.

Pero las diez sonaron y allí estaba Maurice, con una pizza y seis latas de refresco. Marta, le hizo pasar, le enseñó el piso y le presentó a Ginger y Fred.

Cenaron, hablando de nimiedades. Cuando llegaron al postre, Maurice se decidió a hablar:

—“Supongo que sabes que nos divorciamos”.

—“Sí. Milena me lo dijo”.

—“¿Sabes por qué?”

—“No sé si debo...”

—“Por favor... Marta”.

—“Me dijo que no querías el niño”.

—“Es cierto”.

Marta se sorprendió y sumida en la absoluta perplejidad, acertó a decir:

—“Pero... ¿Por qué?”

—“Por qué no sé si es mío”.

—“Y, ¿qué te hace dudar?”

—“Eso, no importa”.

—“¿De quién sospechas que es?”

—“De mi padre. Bueno, de mi tío en realidad. Mi padre murió cuando yo era pequeño y mi tío, se casó con mi madre. Siempre fue un buen hombre,

por eso me extrañó su aventura con Milena...”

Marta recordó las llamadas del padre de Maurice al despacho... Recordó el coqueteo de Milena con él, en París.

—“Lo siento muchísimo Maurice”. Añadió apesadumbrada.

—“Ya no importa. En el fondo, ya quería separarme... su religión, sus rituales...”

—“Bueno, para que explicarte... no me creerías... por eso, te he traído esta llave”.

Maurice, le enseñó a Marta una llave con una dirección grabada, Industria, 327.

—“Marta. Quiero que vayas allí. Así lo entenderás todo. Si te lo cuento no te lo creerás...”

Maurice miró su reloj. Debo irme Marta.

—“Qué harás ahora”, preguntó Marta.

—“Me voy a Nueva York. Tengo una casa en Manhattan”.

Instantánea mente Marta recordó a Marina.

—“Tengo una amiga allí”, comentó, “Tal vez un día, vaya a visitarla”.

—“Te enviaré mi dirección... Por cierto, ¿cómo se llama tu amiga...?”

—“Marina Ripoll”, es modelo.

—“La top model, ¿es amiga tuya...?”

—“Sí”, sonrió Marta y le dio a Maurice el número de teléfono de Marina.

Maurice, no sólo cogió el número. La fue a visitar y pasado cierto tiempo, todas las revistas del corazón, publicaban la misma portada: “Maurice Gautier y Marina Ripoll, se casan”.

Pero eso pasó en mayo y ahora solamente ere diciembre... Marta cogió la llave que le había dado Maurice y la dejó junto a la pecera. Pensó en ir al día siguiente por la mañana, aunque al final decidió ir aquella misma noche.

Se puso el abrigo y salió a la calle.

Con las prisas se había dejado las luces abiertas...

CAPÍTULO TREINTIUNO

Llegó a la dirección indicada por Maurice. Subió al tercer piso. Abrió la puerta. Olía a podrido. Activó el interruptor, pero no había luz. Se dirigió a los contadores. Finalmente había luz...

Marta pudo ver que la casa, era un poco rara. Todas las paredes eran negras y en ellas había pintados cuadros rojos.

Unas fotografías inmensas de Josué por las paredes...

Encarriló el pasillo y encauzó sus pasos hacia la habitación de dónde provenía el hedor... Horrorizada, Marta pegó un chillido...

Allí estaba Ashé, totalmente descuartizado encima de una suerte de altar...

Al lado de Ashé fotografías... Marta se acercó había una fotografía de Juan y Montse, dentro de un círculo de sal. Los rostros de ambos, estaban

atravesados por cuchillos.

Debajo del cuerpo del animal una fotografía, cabellos y uñas de José... La foto de Manuela con agujas clavadas en los ojos. Y la fotografía de Meritxell, al lado de la de Crissy, también traspasadas por cuchillos...

Marta temblaba. Su vista se nubló por unos instantes... Un ruido en el piso de al lado, la hizo reaccionar.

Se fue a toda prisa, olvidándose la llave dentro...

Cuando salió a la calle, casi tambaleaba. Una anciana se acercó a ella y tocándole con suavidad su brazo, le preguntó con esa serenidad y dulzura que aportan los años:

—“¿Te pasa algo, guapa?”

Marta se dio cuenta que estaba llorando...

—“No gracias. No me ocurre nada”, dijo mecánicamente entre sollozos.

Encendió un cigarrillo para calmarse y se encaminó hacia un bar...

Pidió un güisqui doble, pero seguía temblando...

Oyó una voz a sus espaldas:

—“¿Puedo invitarte?”

Marta se giró y vio a un hombre alto, de ojos claros y sonrisa amable... Susurró un sí, con un hilo de voz...

—“Me llamo Carlos. ¿Y tú?”

El camarero, les trajo las bebidas...

CAPÍTULO TREINTIDÓS

Habían pasado más de seis años, desde aquel día en que había conocido a Carlos en aquel bar.

No se casaron, no les hacía falta... No lo veían necesario... Eran felices así...

Carlos era perfecto y Marta volvió a pensar que la vida era bella.

Habían tenido gemelos... eran adorables. Ellos, aquellos dos simpáticos diablillos, les habían forzado a tener un perro...

Los padres de Marta, seguían casados y felices...

Maurice y Marina, venían a visitarles una vez al año...

Marta jamás le habló a Carlos de Milena, ni de parapsicología, ni de Brasil, ni de Candomblé...

Había abierto una consulta de psicología y

Marta, se dedicaba a ella por entero. A ella y a su familia.

La seguridad y pragmatismo de Carlos, poco a poco habían borrado la huella de aquel pasado hostil... Tanto que Marta llegó a pensar, que todos los sucesos habían sido fruto de la casualidad... Una casualidad cruel... muy cruel, pero al fin casualidad.

Marta, había logrado adquirir un gran renombre dentro de la psicología. Era de los pocos profesionales, capaces de mezclar cualquier corriente, para ayudar a sus pacientes... Tenía un don especial para ayudarles, quizá porque había asimilado los conceptos de Maslow o tal vez porque el humanismo, estaba implícito en ella por medio de sus propias experiencias... Lo cierto es que tenía más trabajo del que podía atender. Esto le obligaba a salir, en ocasiones, muy tarde de su consulta.

Una tarde lluviosa, el trabajo le absorbió a Marta mucho más tiempo del que había calculado.

Se hizo de noche... Marta salió apresuradamente del despacho y se dirigió a su casa... Quizá aún encontrara despiertos a los gemelos...

Subió a su coche y marchó rápidamente. Llegó ante la puerta de su casa y sacó las llaves de su bolso. Giró la llave en la cerradura. Empezaba a abrir la puerta, cuando la voz de Carlos sonó desde el comedor:

—“¿Eres tú, cariño?”

—“Sí, mi vida. Siento llegar tan tarde”.

—“No te preocupes, estaba entretenido con unas amigas tuyas. No sabía que hubieras estado en Brasil...”

El corazón de Marta, dio un vuelco... Empezó a latir con fuerza... ¡No podía ser...!

Dos mujeres la miraron sonriendo...

—“¡Cuánto tiempo Marta...!” La voz de Milena, inundó la estancia...

Marta temblando buscó en su bolsillo, los tréboles plastificados e instintivamente miró el taco de la pared... El calendario marcaba veintinueve de febrero de 1.996...

Carlos, puso hielo en las bebidas, que acababa de servir y no entendió nada de lo que siguió después, Marta sacó un cuchillo afilado de su bolso y la alfombra de la sala, se llenó con la sangre roja y oscura de Milena.

FIN